

#31



JACINDA ARDERN: EL CARISMA POLÍTICO EN EL LIDERAZGO CONTEMPORÁNEO

Carlos Menéndez

Ediciones Beers&Politics

Carlos Menéndez

Copyright. 2021. Carlos Menéndez Vicente

Barcelona. Ediciones Beers&Politics.

Colección “Sacar del cajón”. Número 31

Coordinado por Xavier Peytibi. Portada de Àlex Comes

ISBN: 9798782885052

Jacinda Ardern:
el carisma
político en el
liderazgo
contemporáneo

Carlos Menéndez

*El yo, en sí, deja de interesar.
Ebrias de imagen, las gentes lo confunden con ella.*

Salvador Giner, *Carisma y razón*, 2003

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN

1.1. FOCO DE ESTUDIO, LÍMITES Y OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN

1.2. JUSTIFICACIÓN Y MOTIVACIÓN PERSONAL

2. MARCO TEÓRICO

2.1. ANTECEDENTES DEL FENÓMENO CARISMÁTICO

2.2. EL CARISMA COMO RELACIÓN SOCIAL

2.3. LA APARICIÓN DE UN “TIPO IDEAL”: MAX WEBER

2.4. LA FABRICACIÓN DE CARISMA: PSEUDOCARISMA

2.5. EL CARISMA MANUFACTURADO: ¿UNA CUESTIÓN DE ÉLITES?

2.6. UNA NUEVA RELACIÓN ENTRE EL LÍDER Y SUS SEGUIDORES: LA POLÍTICA MEDIATIZADA

3. METODOLOGÍA

4. TRABAJO DE CAMPO

4.1. ARDERN, DE MORRINSVILLE A LA CITY DE LONDRES

4.2. LUCES Y SOMBRAS HASTA EL LIDERAZGO DEFINITIVO

4.3. CASO DE ESTUDIO (I): UNA TRAGEDIA MEDIATIZADA: LA MASACRE DE CHRISTCHURCH

4.4. CASO DE ESTUDIO (II): EL MILAGRO KIWI: LA GESTIÓN COMUNICACIONAL DE LA PANDEMIA DE CORONAVIRUS

4.4.1. LA IMPORTANCIA DEL APARATO MEDIÁTICO EN LA CONSTRUCCIÓN DE REALIDADES

5. CONCLUSIONES

BIBLIOGRAFÍA

1

INTRODUCCIÓN Y JUSTIFICACIÓN

A lo largo de la Historia han aparecido personajes por cuyas características personales o profesionales fueron reconocidos tanto por sus coetáneos como por los historiadores e investigadores más reputados. Desde Atila hasta Juana de Arco, pasando por Cristóbal Colón, Napoleón Bonaparte o el mismísimo Pedro Sánchez, todos ellos han demostrado una valía diferente a la de los demás para ser considerados como personas a las que seguir o *hacer caso*. Esta aptitud puede ser intrínseca a la persona o, de lo contrario, ser aprendida. A lo largo de la presente investigación ahondaremos en el revestimiento de los personajes políticos desde un plano teórico-sociológico y, a continuación, aplicaremos este mismo enfoque a la hora de analizar el impacto del fenómeno político de Jacinda Arden, presidenta de Nueva Zelanda y cabeza visible del Partido Laborista, durante las dos grandes crisis coyunturales que han sacudido su mandato.

Estos individuos a menudo reciben la etiqueta de líderes o guías. Sin embargo, no todos los líderes, políticos o empresariales, impregnan en sus seguidores o trabajadores el mismo grado de aceptación o seguimiento. Hace falta revisar el concepto de liderazgo o la manera por la que un líder se erige en circunstancias determinadas por encima de los demás para lograr un fin determinado. El liderazgo es, por básico que parezca, la condición de superioridad de alguien ya sea dentro de una institución política, una organización empresarial, un

grupo de amigos o una comunidad de vecinos. Existen muchos otros factores por los que juzgar el liderazgo de un individuo, desde los propios seguidores al contexto de la acción.

Al hablar de líderes es obligado recurrir a Joseph S. Nye Jr., profesor en la Universidad de Harvard. Este, motivado por la falta de ordenación en torno a las investigaciones acerca del liderazgo, publicó en 2008 *Las cualidades del líder*, un breve libro en el que analiza las relaciones entre el liderazgo y el poder, así como las distintas clases de líderes que existen en función del desempeño entre un liderazgo fuerte u otro suave. Nye (2011), apoyado en dos miembros de la *Harvard Business School*, Anthony Mayo y Nitin Nohria (2005), alumbró al concepto de “inteligencia contextual” (Mayo, Nohria, 2005 citado en Nye, 2011: 101) amplificándolo como una “capacidad diagnóstica intuitiva que ayuda al líder a alinear tácticas y objetivos para crear estrategias inteligentes en distintas situaciones” (Nye, 2011: 101).

La consolidación del Estado moderno y la incansable búsqueda de ciertos valores sostenidos en una trascendencia moral individual en lugar de apoyarse estos en fines colectivos (consensuados tradicionalmente en el *ágora*), ha dado un vuelco a los anteriores ámbitos vinculados a la discusión pública (las plazas) y favorecido el advenimiento de nuevos espacios o entornos dirigidos hacia la política (las redes sociales). La llegada y el asentamiento de los medios de comunicación de masas no supone sólo la consolidación de nuevas áreas para el ejercicio de la deliberación y discusión públicas, sino que las propias lógicas inherentes al terreno mediático se han contagiado casi por completo las conductas propias del campo político. En este sentido, Félix Ortega (2011), catedrático de Sociología, no ve otra manera de estar presentes en la dinámica comunicativa, por parte de la política, si no es aceptando las cláusulas impositivas de los medios (*sic*). Con todo, “la política, si quiere recabar la atención mediática, ha de aproximar sus esquemas a aquellos otros que para los medios resultan rentables en términos de

beneficios, ya sean económicos, de prestigio o influencia sociales” (Ortega, 2011: 12). Como la política sigue considerándose una actividad de control de unos individuos sobre otros, la transformación de esta tiene que ver, entre otros factores, según Ortega, “con la formación y preservación del liderazgo” (2011: 13).

1.1. Foco de estudio, límites y objetivos de la investigación

A lo largo de la presente investigación nos vamos a detener en el escrutinio del concepto del liderazgo. Las decisiones colegiadas parecen haber sido relegadas en virtud de la capacidad de oratoria y persuasión del líder político. La figura individual se convertiría así en garante de la legitimidad de las acciones colectivas. El papel de los medios de comunicación es crucial en el diseño manufacturado de ciertos personajes políticos. ¿Una imagen vale más que mil palabras? Esta actividad mediática será estudiada más adelante.

En plena cultura de la imagen la personalidad de los líderes adquiere una trascendencia, en ocasiones, mucho más destacable que sus capacidades técnicas. El imperio de las pantallas ha irrumpido con fuerza y la dialéctica de los candidatos ha de pasar por el filtro de los medios de comunicación. La imagen que proyectamos está muy condicionada y debe mucho al marco cultural por el que nos hemos socializado. Así, a pesar de que la influencia de los medios parece ser transversal, en distintos países las características de los líderes serán percibidas de manera diferente por los ciudadanos. Puesto que esta percepción parece ser contextual, además de social, es aquí donde podemos entrar a discutir si nos encontramos en la actualidad ante una reformulación del histórico concepto del *carisma*.

A finales del siglo XIX y principios del XX, el carisma se convirtió en la noción estrella para la sociología política. ¿Es plausible medir el carisma de algunos líderes contemporáneos a

partir de las investigaciones llevadas a cabo por Max Weber? ¿Los medios de comunicación o los nuevos contextos digitales han desvirtuado la histórica concepción primigenia del carisma weberiano? ¿Es apropiado en 2021 hablar de carisma?

Este estudio va a limitar su operatividad al análisis de la figura de Jacinda Ardern, líder del Partido Laborista de Nueva Zelanda y primera ministra de este país desde el año 2017. Como hemos dicho con anterioridad, el asunto del liderazgo es muy extenso y existe una amplísima bibliografía, desde el mundo de la empresa hasta el político, que es el que nos interesa en este caso. Por ello, nos centraremos en una figura política que, a mi juicio, ha obtenido un reconocimiento internacional y estatus social considerables en los últimos años.

1.2. Justificación y motivación personal

Este trabajo se justifica por sí sólo en la importancia de resaltar el estatus que una mujer ha alcanzado en los últimos años en un entorno históricamente dominado por los hombres. La eficacia de las políticas dirigidas por mujeres, como Ángela Merkel en Alemania, Yolanda Díaz en España al frente del Ministerio de Trabajo o la propia Jacinda Ardern en Nueva Zelanda invita al análisis de este nuevo fenómeno en el terreno de la comunicación política. Incluso Helen Clark, histórica líder femenina y feminista en Nueva Zelanda, obliga a considerar el liderazgo de Jacinda Ardern en tanto razón o consecuencia de la labor de Clark en la política neozelandesa.

Además, frente al avance de la crispación y polarización en países de todo el mundo, dirigidos en su mayoría por hombres, resulta motivador el analizar y distinguir el papel que la mujer puede desempeñar en la política internacional a la hora de ejercer de contrapeso a la gestión más ególatra, disruptiva y pseudobélica de ellos. Acontecimientos como el asalto al Capitolio de los Estados Unidos instigado por Donald Trump en enero de 2021, la deslegitimación de la ciencia por parte del presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, en plena ola del

coronavirus o la constante *guerra fría* entre el mundo occidental y la Rusia de Putin, entre otros, chocan, a priori, con el talante y la apuesta por el diálogo y la templanza que ellas han abanderado en los últimos tiempos.

Como arguye Joseph Nye (2011) en *Las cualidades del líder*, es el contexto de la acción y las imbricaciones culturales determinadas las que van a tener buena parte de culpa en el auge y consolidación de los líderes políticos. Analizaremos qué acontecimientos tuvieron lugar en los años inmediatamente precedentes a la actualidad (2021) para tratar de obtener respuesta a las preguntas que justifican la realización de este trabajo: ¿Por qué una persona aparentemente sin una motivación inicial por dirigir a su país de repente es nombrada presidenta de su partido y, al poco tiempo, está dirigiendo a la Nación? ¿Qué aspectos contextuales o personales influyeron en su ascenso profesional? ¿Están las mujeres más capacitadas para dirigir la política mundial en pleno auge del extremismo y de la polarización?

Los anteriores interrogantes se irán respondiendo a lo largo de esta investigación.

2

MARCO TEÓRICO

Hace un siglo, el sociólogo alemán Max Weber planteó uno de los desarrollos teóricos más prolíficos para la sociología política. Hablamos de los tipos de autoridad y su relación con el poder. Podemos definir a la autoridad como una relación de poder en diferentes grados. Para que exista una relación de autoridad ha de existir una *relación*: en primer lugar, un sujeto que, por tradición, méritos o valía personal, detenta una posición de superioridad respecto de los demás: en segundo lugar, los subordinados, quienes acatan las normas que emanan del dictado de la fuente de poder.

Weber identificó hasta tres maneras de concebir las relaciones de autoridad. En primer lugar, hablamos de la autoridad tradicional, la cual implica el seguimiento de un líder en virtud de su papel de Rey o emperador gracias a procedimientos de herencia o de sangre. En segundo lugar, hablamos de la legitimidad legal-burocrática, en la que la posición de liderazgo la ocupa alguien con el cargo de director o presidente, debidamente elegido a partir de criterios racionales. De acuerdo con Nye (2011), estas dos formas, tradicional y legal, sostienen su razón de ser en el posicionamiento que los individuos ostentan en la relación. Sin embargo, no computa del todo la valía individual o personal (Nye, 2011: 51). Por último, hablamos de una autoridad carismática en la que una persona sigue u obedece a otra en virtud de un don o una virtud considerada como excepcional. Al poder de la posición de las dos primeras fuentes de autoridad, se contrapone el poder

individual de la persona cuando nos referimos a una relación sostenida en el carisma de la persona.

2.1. Antecedentes del fenómeno carismático

Durante los siglos XVIII y XIX se produjo una transición entre un modelo explicativo de la conducta humana basado en la razón a otro sostenido en la emoción. En un primer momento, tal y como reflexiona Charles Lindholm en su obra *Carisma*, la razón se erigió “como una facultad superior capaz de domar las pasiones y encauzarlas hacia fines más elevados” [...] “se atribuyen a la razón cualidades sagradas” (Lindholm, 1990: 28). Esta sacralización tiene sentido en el momento fundacional de todo mito y religión, donde la vida humana es concebida como un medio para alcanzar un fin placentero. Además, la creencia en una deidad permite a la humanidad abstraerse de sus preocupaciones terrenales y confiar en lo que *podría ser* más que en lo que *es*. Esta válvula de escape ultraterrenal va a sufrir un proceso de secularización a la hora de concebir “el fenómeno de la relación carismática, donde los seguidores alegan [...] que el líder es una deidad” (1990: 28). Tal y como avisa Lindholm, sería un error sostener el valor carismático de un individuo en un aura sagrado secularizado.

A partir del siglo XVII, al albor de una corriente escepticista, René Descartes ya aventuró el decaimiento de la razón en detrimento de las pasiones en el momento en que la visión tradicional del mundo comenzó a perder validez (Lindholm, 1990: 28). El surgimiento de una perspectiva mucho más placentera en términos de comodidad cognitiva “reconoce a las sensaciones y las emociones personales” (1990, 29) como nuevo vector de la conducta humana. Con frecuencia, la gente suele dejarse llevar más por argumentos emocionales que racionales. Esto implica que el discurso racional tenga una enorme dificultad a la hora de encontrar consenso. Mientras tanto, por su parte, un individuo visto como espectacular puede reunir ciertas cualidades o características que aglutine en torno a su

figura la opinión de un grupo social.

Charles Lindholm habla de una “filosofía del hombre superior” gracias a las aportaciones de John Stuart Mill o Friedrich Nietzsche. En primer lugar, Lindholm realiza un bosquejo del “genio” de Mill:

Está fuera del ámbito de las gentes comunes, como una especie de señal mágica, un fenómeno singular e inexplicable. Más apasionado que el resto [...]. Este hombre superior es un individuo activo, estricto, aislado de la humanidad vulgar, singular, enérgico, luchador [...] que intenta transformar el mundo siguiendo un ideal interior de perfección. [...] Esta gente no puede ser contenida por las reglas y las normas comunes, pues poseen la “libertad para indicar el camino” (1975: 63) al resto de la humanidad (Lindholm, 1990: 35).

Para Mill, el hombre carismático sería, por definición, un ser sobrenatural, es decir, un dios secular. En esta primera aproximación nos acercamos a la adulación carismática, es decir, un individuo, extraordinario, por encima de los demás. Sin embargo, ¿qué es lo que hace posible que este “genio” se eleve por encima de los comunes y pueda transgredir toda norma social existente?

La clave para entender al “genio” en Nietzsche está en la noción de poder. El filósofo alemán bautizó a esta figura especial como *Übermensch*, glorificado al igual que el genio de Mill, pero “con un tono mucho más ferviente” (Lindholm, 1990: 36). De esta forma, el autor de *Carisma* expone:

Para Nietzsche [...] la humanidad es “el animal enfermo” y la historia humana es sólo el relato del humeante resentimiento de los esclavos que luchan contra la feroz y despiadada voluntad del amo. [...] El amo acepta y abraza sus predisposiciones y persigue el placer con todo su poderío; [...] el esclavo procura justificar su flaqueza y vengarse de los fuertes inventando la moralidad (Lindholm, 1990: 37).

Así, para Nietzsche, la relación humana se sostiene en una relación de poder donde quien ostenta la posición dominante o de control es considerado como “un guerrero, un gran hombre [...] de material explosivo” (Nietzsche, 1977: 97 citado en Lindholm, 1990: 37). Para Nietzsche, el amo se erige en una especie de líder guerrero el cual lo es en tanto tiene “voluntad de poder”, es decir, “un afecto, especialmente, de mando” (Nietzsche 1977: 97, citado en 1990: 37). Este *poder* nietzschiano, se sostiene, sobre todo, en impulsos irracionales y afectivos. Como consecuencia, la felicidad, entendida como el fin máximo de todos los hombres, sólo podría ser accesible para estos individuos infalibles y poderosos.

El modelo de liderazgo primitivo e irracional que planteó Nietzsche choca frontalmente con el avance de la civilización de las sociedades contemporáneas. La escuela utilitarista, encabezada por David Hume, emprendió el análisis de la conducta humana desde una perspectiva individual. Esto implica la puesta en valor de los sentimientos personales, lo que MacIntyre ha definido como “emotivismo”, es decir, “todos los juicios de evaluación morales son nada más que expresiones de preferencia, expresiones de actitud o sentimiento” (1981: 11, citado en Lindholm, 1990: 38). La búsqueda del máximo beneficio individual es agotadora. Como solución aparece el *Übermensch* nietzschiano, es decir, un gran hombre poderoso por cuya virtud la lógica racional se subordina a la fuerza emocional encarnada en un individuo ulterior. ¿Sin embargo, por qué en la actualidad no han perdurado este tipo de líderes descritos por Nietzsche si, a priori, su sometimiento requiere una menor carga para los dominados? La clave la vamos a encontrar en el proceso de racionalización del mundo y en la inserción del genio nietzschiano en la propia dinámica de la comunidad. A partir de este momento la conexión entre el ente dominante y los dominados va a configurar una relación más allá de preceptos materiales: una relación social.

2.2. El carisma como relación social

Según Emile Durkheim, tal y como recoge Lindholm, “en la medida en que pertenece –el individuo— a la sociedad, este se trasciende a sí mismo, tanto cuando piensa como cuando actúa” (Durkheim, 1965: 29, citado en Lindholm, 1990: 49). A pesar de que Durkheim nunca utilizó de manera expresa el término carisma en su investigación, sí que consideró a la Revolución Francesa como el paradigma despersonalizador del individuo en tanto entrega de las aspiraciones individuales a un ente superior, en este caso no personalizado en un humano, sino en una fuerza, un símbolo o una razón colectiva.

Para Durkheim la razón de ser para la constitución del liderazgo y apego de los seguidores a su líder reside en “la común participación en rituales de lo sagrado muy cargados y despersonalizadores, rituales que sirven para integrar a todos los partícipes en una unidad” (Lindholm, 1990: 50). Así, Durkheim comienza su estudio del comportamiento de los grupos humanos a partir del “grupo ritual”, arquetipo de la Iglesia (1990: 50). Los deseos e impulsos individuales, para Durkheim, se subordinan a los intereses del grupo. Para el pensador francés hay periodos históricos en los que, bajo la influencia de algún gran descalabro colectivo, las interacciones sociales se vuelven más frecuentes y activas.

Respecto a la motivación en Durkheim para la generación de los grupos sociales, Lindholm afirma que:

(Durkheim) “alegaba que, cuando se congrega cierta densidad de gente, la intimidación física y la proximidad de la multitud inevitablemente imponen un sentimiento común en vez de soledad, cooperación en vez de competencia, poder en vez de debilidad, semejanza en vez de diferencia. La similitud de los miembros de la multitud es acentuada por la proximidad [...] las identidades individuales se desintegran en la masa que las rodea” (Lindholm, 1990: 51-52).

Este maremágnum es el origen de lo social. Más tarde,

Weber, imbricará desde aquí el surgimiento de las instituciones y el ascenso de la política en detrimento de la religión.

2.3. La aparición de un “tipo ideal”: Max Weber

La parte central del libro *Economía y sociedad* aborda los tipos puros de dominación legítima. Una de las primeras distinciones conceptuales que comienza haciendo Weber, con el objetivo de reflexionar sobre el orden político, es entre los conceptos de poder y de autoridad.

Weber define al poder como “la probabilidad de imponer la propia voluntad al comportamiento de otro” (Weber, 2019: 103), es decir, la probabilidad de encontrar obediencia a un mandato. De esta forma, considera el sociólogo alemán al poder como “un concepto sociológicamente amorfo” (op cit., 103), por sus múltiples maneras de manifestación.

A pesar de que existen relaciones de poder en las que está presente un fuerte componente de coacción, Weber va a prestar más atención a aquellas relaciones de poder que no necesitan recurrir a este mecanismo coactivo. Es aquí donde cobran una especial relevancia las nociones de legalidad, legitimidad y autoridad. El líder político, o el gobernante, puede establecer relaciones de poder no a través de amenazas o coacciones, sino gracias a la obediencia o el acuerdo tácito de los gobernados. Una persona puede no estar de acuerdo en el fondo de una medida legislativa, pero cumple con su mandato imperativo porque es lo que dice la ley. En este caso, nos encontramos ante el imperio de la legalidad como garante de la ordenación política y social de un territorio. Un concepto algo más difuso es el de legitimidad, pues algo puede ser legal, pero no legítimo, aunque si es legítimo se suele considerar probada su legalidad. La legitimidad viene dada por el grado de acuerdo y consenso que aúna una determinada medida o líder político en el conjunto de los gobernados. Obedecer el mandato legal implica reconocer la legitimidad de la fuerza gobernante.

Para Weber, “la dominación es uno de los más importantes

elementos [para] actuar en sociedad” (Weber, 2019: 1071). Todas aquellas relaciones de poder incluyen elementos de ambas naturalezas: coactivos y de consenso. Un gobernante, con normalidad, no tiene que buscar de manera activa la obediencia de sus gobernados, sino que se la encuentra indirectamente gracias a la existencia de las instituciones políticas. Estas se erigen en un depósito de producción de legitimidad y de autoridad para quienes gobiernan.

Respecto al uso de la violencia legítima como garante de dominación por parte del Estado, Weber, en una conferencia impartida en Múnich en 1919, que llevaba por nombre: *La política como vocación*, recogida en el libro *El político y el científico* (1967) reflexionó lo siguiente:

El Estado es aquella comunidad humana que, dentro de un determinado territorio, reclama –con éxito– para sí el monopolio de la violencia física legítima. Lo específico de nuestro tiempo es que a todas las demás asociaciones e individuos sólo se les concede el derecho a la violencia física en la medida en que el Estado lo permite. El Estado [...] es una relación de dominación. Para subsistir necesita que los dominados acaten la autoridad que pretenden tener quienes en ese momento dominan (Weber, 2019: 83-84).

Para Weber, entonces, el orden social mana de la obediencia de los dominados a los mandatos del Estado. ¿Cómo se asegura el Estado la obediencia de estos? A partir de diferentes fundamentos de legitimidad para la dominación. El sociólogo alemán distingue a lo largo de su investigación tres tipos puros de dominación legítima:

- La autoridad de carácter tradicional, de la costumbre o del *eterno ayer*: de validez eterna cuya preponderancia de la figura de los hombres está orientada hacia el sumo respeto (2019: 85). Los señalados por una deidad o creencia sagrada son los encargados para ejercer la

autoridad (2019: 338).

- La autoridad carismática, de carácter personal o extraordinaria: se sostiene en la entrega prácticamente ciega y extracotidiana al heroísmo o ejemplaridad de una persona (2019: 338).
- La autoridad racional amparada en la legalidad: basada “en la creencia en la validez de preceptos legales y en la competencia objetiva fundada sobre normas racionalmente creadas” (2019: 338). El servidor del Estado moderno (funcionario) ejerce su dominación a través de este tipo de autoridad legal-burocrática.

En la conferencia impartida en Múnich, Weber habla de la idea de *vocación* para referirse a la fuerza de dominación de un líder por la cual los sometidos se entregan al carisma personal del jefe o caudillo (Weber, 2019: 86). “Esta figura es vista como la de alguien que está internamente ‘llamado’ a ser conductor de hombres, los cuáles no le prestan obediencia porque lo mande la costumbre o una norma legal, sino porque creen en él (op.cit., 86-87). Esta figura vocacional es la que en el pasado ha sido vista como un mago, un profeta, el príncipe guerrero o, en las democracias occidentales actuales, como un jefe de partido.

A pesar de que en Weber podemos inferir gracias al conocimiento de su obra una predilección acerca de nuevos líderes diferentes con el objeto de hacer de la política un ejercicio orientado a valores y no a fines (como es el fin de la burocracia), el sociólogo alemán ve reducidas sus expectativas al considerar los medios auxiliares que los políticos tienen a su disposición:

Toda empresa de dominación que requiera una administración continuada necesita, de una parte, la orientación de la actividad humana hacia la obediencia a aquellos señores que se pretenden portadores del poder legítimo y, de otra, el poder de disposición, gracias a dicha obediencia, sobre aquellos bienes que, eventualmente, sean necesarios para el empleo del poder

físico: el equipo de personal administrativo y los medios materiales de la administración (Weber, 2019: 87).

Los funcionarios expertos se erigen en un actor mucho más potente que aquellos que conformaban los viejos órdenes tradicionales, familiares o estamentales. Los expertos tienen, gracias precisamente a su amplio conocimiento sobre una materia determinada, la capacidad para oponerse o, al menos, prestar resistencia hacia los mandatos de los políticos. En cierto sentido, esto podría implicar un mecanismo de progreso controlado, sin embargo, el avance del aparato burocrático es inexorable, tal y como defiende Weber, hasta el punto de amenazar la propia legitimidad de los políticos.

Esto ha dado lugar a la proliferación de tecnocracias como modelos de Estado. Por ejemplo, en el año 2021 Mario Draghi, economista y ex presidente del Banco Central Europeo, asumió el cargo de primer ministro de Italia luego de fracasar el gobierno en coalición entre el *Movimiento 5 Estrellas* y la *Liga*, encabezado por Giuseppe Conte. Uno de los puntos fuertes de la sociología de Weber es su adecuada imbricación entre el plano histórico y el plano teórico. Por eso Weber aclara que, sobre el papel, su sociología de la dominación descansa sobre *tipos ideales*, pero, sin embargo, en la realidad pueden darse de manera híbrida y entremezclada. Por ejemplo, un caso llamativo de conjugación entre dos o más fuentes de legitimación lo podemos encontrar en el Partido Comunista de China, que recientemente en 2021 ha celebrado su centenario. Esta organización, fundada por el histórico Mao Zedong y continuada en la actualidad por el carismático líder Xi Jinping, es considerada como una de las mayores organizaciones políticas del mundo hasta el punto de discutir por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial la hegemonía geopolítica mundial a Estados Unidos.

La regulación de las normas por parte de los gobernantes, así como la obediencia de los sometidos al imperio de los mandatos

establecidos, vienen dados por las fuentes legítimas básicas para cualquier Estado democrático moderno como es un ordenamiento jurídico. Con todo, el papel del conocimiento se antoja decisivo para la legitimación del poder. Frente a la pérdida de vigencia y de legitimidad de la autoridad tradicional, la cual ha sufrido un proceso de secularización en las sociedades modernas, nos encontramos al aparato burocrático dirigido por un cuerpo de expertos quienes, basándose en el conocimiento objetivo, regulan el funcionamiento interno del Estado. Se podría decir, por tanto, que frente a la deriva autoritaria que podrían adoptar ciertos liderazgos fuera de control, el entramado burocrático sería el contrapeso ideal para aquella excursión personalista. Cabría considerar a la burocracia como elemento controlador de líderes carismáticos.

Weber ha prestado también atención a otras dos formas legítimas de poder por las que se han ido constituyendo las sociedades modernas. En primer lugar, hablamos de la tradición, cuyos actores funcionan básicamente a partir de mecanismos de repetición de las acciones que se han ido haciendo antes. Las sociedades cuyo funcionamiento se regía en base a la tradición reciben el nombre de hierocracias. En segundo lugar, hablamos de un tipo de acción no racional, que es el carisma.

Weber fue el primero que introdujo la noción del carisma en el campo de la sociología. De acuerdo con la doctrina weberiana, “el carisma implica una relación entre el gran hombre y sus seguidores [...] dentro de un contexto social” (Lindholm, 1990: 44).

Para trasladar el concepto a un plano de investigación sociológico, Weber tuvo que secularizar la idea primigenia de un libro de teología del siglo XIX escrito por un teólogo protestante, Rudolph Sohm. En esta obra, Sohm explica que en los orígenes del Cristianismo la Iglesia no se regía ni se mantenía unida por leyes, sino por una fuerza personal otorgada por el Espíritu Santo a determinadas personas, santos o profetas.

Sohm llamó a esta energía “don de gracia” (Haley, 1980: 185). Son los dominados los que conceden su sometimiento al líder en gracia en quien deponen su fe.

Lo que hace Weber es eliminar a Dios de la ecuación. La secularización de la noción del carisma establece que allí donde Sohms decía que era Dios el encargado de conceder el carisma a determinados individuos o profetas, la sociología esgrime que es la sociedad quien concede esta energía vivificadora a determinados líderes políticos. Encontramos la gran referencia a este concepto en el año 1922, fecha de publicación de *Economía y sociedad*:

Debe entenderse por carisma la cualidad, que pasa por extraordinaria (mágica en su origen, lo mismo si se trata de profetas que de hechiceros, árbitros, jefes de cacería o caudillos militares), de una personalidad, por cuya virtud se la considera en posesión de fuerzas sobrenaturales o sobrehumanas —o por lo menos específicamente extracotidianas y no asequibles a cualquier otro—, o como enviado del dios, o como ejemplar y, en consecuencia, como caudillo. [...] Lo importante es cómo se valora por los dominados carismáticos, por los adeptos (Weber, 2019: 364).

El concepto del carisma implica la creencia en que una personalidad tiene una cualidad extraordinaria, sea del tipo que sea. Lo importante es que no esté a disposición de cualquiera. Para Weber, el carisma es un valor político. Es una cualidad justificadora para conseguir obediencia de los demás. La validez del carisma se sostiene en el reconocimiento (Weber, 2019: 365) por parte de los dominados quienes corroboran las cualidades *especiales* del líder. Este tiene que estar constantemente ofreciendo pruebas que certifiquen o validen la relación carismática. Usualmente, como dice el sociólogo alemán, el reconocimiento de las facultades excepcionales surge en buena medida “por el entusiasmo, la necesidad o la esperanza” (op cit., 365). Se dice que la aparición de grandes liderazgos carismáticos se debe, en buena parte, a momentos de crisis, de excepción o

de amenaza colectiva. Por ejemplo, Jacinda Ardern es considerada en la actualidad una de las líderes políticas carismáticas del momento. Su popularidad fructificó, mayormente, gracias a su postura *soft* en respuesta a los atentados islamistas perpetrados en una mezquita de Nueva Zelanda.

“La dominación carismática supone un proceso de relación comunitaria de carácter emotivo” (op cit., 365). Tal es así, que la confianza entre los dominados y el líder carismático tiende a trascender cualquier impedimento estatutario, legal o burocrático para elevar a los cielos la propia palabra del carismático. En este sentido, y valiéndose de los Evangelios, Weber determina que “en su aspecto material rige en toda dominación carismática la frase: ‘escrito está, pero yo en verdad os digo’” (Weber, 2019: 366). Esto implica que el dictado del líder está por encima de toda norma.

Con todo, sobre el papel, podemos observar desde este punto de vista como la dominación carismática se opone tanto a la dominación burocrática, pues esta es puramente racional (al vincularse exclusivamente a normas o leyes cuantificables), como a la dominación tradicional, ligada esta a los procedimientos del pasado y, por definición, a normas o imperativos. Por el contrario, la dominación carismática es irracional pues es ajena a toda regla. Su vigencia o validez dependerá en exclusiva del grado de reconocimiento y aceptación de la cualidad extraordinaria del líder por parte de sus seguidores (op, cit., 367). Pero existen vasos comunicantes entre la burocracia, la legitimidad tradicional y el liderazgo carismático. Así como Weber consideró a los funcionarios del Estado como vigilantes y garantes del orden legal por el cual ascienden políticamente los diferentes líderes, también se han dado con frecuencia liderazgos o camaraderías encabezadas por un sólo hombre visto como alguien extraordinario y fuera del alcance de los demás que, a pesar de ello, sostuvieron su liderazgo en una llamada divina o el propio linaje. Por ejemplo,

valga la pena mencionar los mecanismos de sucesión de la corona borbónica en nuestro país. La legitimación por vía sanguínea es lo habitual en las monarquías y obedece a un tipo de transmisión de autoridad que se sostiene en la tradición. Sin embargo, la figura de Juan Carlos I adoptó mucho carisma durante los estertores de la dictadura franquista en España mientras se fraguaba la transición a la democracia. El monarca, visto como una figura de consenso y unión por parte de la población española -a pesar de que años más tarde quien fuera el primer presidente de la democracia, Adolfo Suárez, reconoció maquillar el referéndum constitucional a fin de conseguir la aprobación de la monarquía- es un ejemplo de legitimidad tradicional y carismática al mismo tiempo. Por eso, una vez más, coincidimos con Weber en la importancia de la delimitación clara entre los planos teórico e histórico a la hora de hacer sociología.

La cualidad carismática puede no ser verdadera. Lo importante es que la gente la perciba como tal. Podemos inferir, en suma, que el propietario del carisma no es el líder, sino el grupo, quien en circunstancias sobrevenidas (crisis, amenaza colectiva, etc.) se vuelve sobre un individuo por varias razones. El carisma es siempre una cesión del grupo a un individuo, es decir, el líder se erige en una suerte de solución o salvación gracias a su carisma. La autoridad carismática puede leerse en clave antiautoritaria de acuerdo con lo que dicta Weber en *Economía y sociedad* respecto del reconocimiento de los dominados a la autoridad del líder:

La validez de la autoridad carismática descansa [...] sobre el reconocimiento, condicionado por la 'corroboración', de los dominados, que ciertamente tiene carácter de deber frente al carismáticamente calificado y que por lo tanto es legítimo (Weber, 2019: 390).

Desde la sociología weberiana se habla de esta “transformación antiautoritaria” para referirse a los liderazgos

carismáticos en el sentido de que otorgan un peso crucial a los dominados en su faceta de controladores del poder a cambio del reconocimiento legítimo de estos a la figura del líder carismático. De esta manera se sucede un reconocimiento dual entre el representante y los representados conformando una comunidad aún mas amplia bajo el paraguas de conceptos como Nación, pueblo, clase o raza. Esta relación implica la convivencia en cualquier orden democrático de un tipo de autoridad sostenido en dos patas: una carismática por la que el líder se erige como tal, y otra legal-racional por la que se articulan los tejemanejes del Estado favoreciendo, entre otras cosas, los procesos de elección electoral. La mezcla de valores carismático y legal-rationales implica que permanezcan residuos carismáticos rutinizados en rituales políticos. Un ejemplo de estos rituales lo acabamos de mencionar, es decir, son las elecciones. Otro ejemplo claro tiene que ver con la significación que un determinado escenario político trascendental, cómo puede ser el Palacio de La Moncloa, adquiere sólo por el hecho de dar cobijo al líder político por antonomasia en España. Esta significación de los elementos favorece que los representados se consideren para sí mismos como pueblo soberano, lo que contribuye a la generación de un sentimiento de trascendencia colectiva, lo que a la postre terminará generando un poso para articular la intrahistoria de los diferentes mitos políticos gracias a la magnificencia del sentido de identidad que su recurso implica, sobre todo si una parte de la sociedad se ve acobardada o amilanada. Santiago Abascal, por ejemplo, recurre mucho al mito de Don Pelayo para apelar a un pasado glorioso de la nación en la que según los escritos, el Astur expulsó a los enemigos de la Península Ibérica -“los musulmanes”-. Lo que pretende hacer Abascal es dibujar una suerte de puente con la situación actual referida a los flujos migratorios.

De entre las características del carisma que Weber enumera en *Economía y sociedad*, la más importante, a mi juicio, es la relativa a su inestabilidad. “En oposición a toda especie de

organización oficial burocrática, la estructura carismática no presenta ningún procedimiento ordenado para el nombramiento o sustitución” (Weber 2019: 1290). Para Weber, adaptando la siguiente enumeración cotejada en *Las metamorfosis del carisma* (Tojar, 2020), el carisma ha de cumplir unas características:

- 1- Es necesario el **reconocimiento** por parte del grupo humano en forma de entrega completa y personal.
- 2- Este reconocimiento puede ser retirado en cualquier momento. En la actualidad, los líderes políticos han de saber conjugar los tiempos y las lógicas inherentes al **campo mediático** para transmitir credibilidad a la audiencia. Si esta denota que el líder está impostando o falseando la relación especial con ellos, retirarán dicho reconocimiento.
- 3- El vínculo carismático se experimenta dentro de comunidades emotivas condicionadas por la fe sostenida en el héroe, por tanto, es **irracional**.
- 4- Tiene una relación hostil y problemática ante los asuntos de índole económica, como así no casa bien si el líder actúa bajo intereses de parte y fines inmediatos. En el año 2008, el expresidente Zapatero se vio en la tesitura de romper con su programa electoral que lo vinculaba metafóricamente con una masa de votantes. Esta “infidelidad” manifiesta vino motivada por las presiones ejercidas por la Unión Europea en materia económica. En este caso, se juntaron dos de los factores más críticos por los que una relación interpersonal político-votante se puede quebrar: la entrada del factor económico en una relación puramente emotiva y la sensación de que un ente burocrático se superponía sobre el liderazgo político basado en valores y sentimiento.
- 5- El carisma es una fuerza **revolucionaria**, es decir, viene a negar la realidad.
- 6- El carisma puede ser **transmitido** o producido en otros

objetos o individuos con el objetivo de hacerlo perdurable en el tiempo (op. Cit., 1-28).

El carisma es efímero, fugaz o volátil. El líder sostiene su actividad sobre un elemento que puede desaparecer, actitudes que pueden provocar la ruptura del reconocimiento o condiciones históricas sobrevenidas. El líder está obligado a ofrecer pruebas constantes acerca del merecimiento de su condición extraordinaria. Si el líder se relaja en exceso o se apoltrona en el poder descuidando la relación social con sus dominados, el vínculo carismático se difuminará y el reconocimiento, por tanto, será retirado. Es por esto por lo que pone Weber tanto énfasis en que estamos ante una relación personal, es decir, la clave que sostiene cualquier concesión de legitimidad es el individuo. Todo lo que haga una persona, concebida como un héroe, va a ser juzgado en términos espectaculares y excepcionales. La sumisión carismática es muy difícil de racionalizar. Cualquier acontecimiento personal puede ser interpretado para potenciar o desprestigiar la imagen de un líder.

Weber muestra su preocupación por la temporalidad del carisma y aborda en el corpus de su investigación las vías por las que el carisma puede sobrevivir más allá de la figura del líder carismático genuino. Esto recibe el nombre de proceso de rutinización y es la “necesaria transformación en tradición o legalidad racional del carisma” (Tojar, 2020:3). La manera más rápida y eficaz para sostener el carisma por un periodo largo en el tiempo es, según Weber, a través de mecanismos de sucesión. Cuanto más irracional sea este proceso, mayor carga carismática se transmitirá. Toda vía de rutinización del carisma lleva inherente la pérdida de algo, por mínimo que sea, de fuerza con la que el carisma ha irradiado desde el líder originario.

De acuerdo con García Tojar, “[la rutinización] implica siempre un aumento de la influencia del cuadro administrativo que rodea al líder. Dicho aumento dependerá del grado de

carisma que se conserve en formas objetivadas. [...] Despersonaliza y reparte el poder. La energía de autoridad [...] pasa a las instituciones [...] debilitada, pero prestando aún legitimidad a los sucesores del líder genuino [...]” (Tojar, 2021).

En este sentido hablamos del *carisma del cargo* que formula Weber en *Economía y sociedad*. Este lo podemos entender como el carisma asociado a la ocupación de un determinado cargo político. En regímenes en los que un carisma puro se ha convertido tanto en tradición como en estructura legal, los puestos de gobierno adquieren una carga carismática singular. Tenemos edificios de poder, como el Despacho Oval en Estados Unidos o La Moncloa en España donde por el hecho de ocupar los mismos el presidente electo adquiere un influjo carismático singular.

Para Weber no estamos ante dos tipos distintos de carisma. Weber nos presenta una noción transversal, que tendería a darse en dos fases diferentes, pero unidas gracias a una relación temporal. En definitiva, no es una relación tipológica, sino que podríamos considerar una relación cronológica.

Hasta ahora hemos comprobado la insistencia que tiene Weber por hacer que su descubrimiento goce de perdurabilidad en el tiempo gracias al proceso de rutinización. A pesar de que este ejercicio de solidificación conlleva la pérdida de la carga carismática original, podemos afirmar a la luz de los acontecimientos históricos cómo la transferencia de poder -y, en cierta medida, de flujo carismático- permite la pervivencia de un mismo orden político durante más tiempo que la vida del líder genuino. Así mismo, el carisma de un líder puede conllevar la destrucción de un sistema político o de valores -pues el carisma no olvidamos que es revolucionario- quizá como le ocurrió a Adolf Hitler si atendemos la caída del III Reich en clave de una ambición desmedida.

A mediados del siglo XX el concepto del carisma pasó al ostracismo y a la práctica inobservancia. Buena parte de culpa de este oscurantismo tuvieron que ver con las malas

interpretaciones que se sucedieron desde la escuela sociológica norteamericana a partir de las reformulaciones llevadas a cabo por autores como Talcott Parsons y por Edward Shils. Ambos fracasaron en su interpretación al concebir de manera errónea los tres planos epistemológicos de la doctrina weberiana: concepto, teoría e historia. Parsons se equivoca al concebir la legitimidad como propiedad del orden político en lugar de ser concebida como garante de este en todo su esplendor, pues es un tipo ideal completo. Además, Parsons incide en una distinción tipológica del carisma, dando por hecho de que existen dos tipos de carisma: uno puro y otro rutinizado.

Shils, por su parte, insiste en disolver a la noción del carisma en el orden social y lo concibe de manera errónea como “un supuesto estado innato de la conciencia humana cuyas manifestaciones atenuadas, mediadas e institucionalizadas están presentes en el funcionamiento rutinario de la sociedad” (Shils, citado en Tojar 2020:9). Para Shils, el carisma es una condición psicológica inherente a la condición humana exclusivamente para la preservación del orden y, de esta manera, erra al pensar que no hay orden político sin influencia carismática.

No todas las interpretaciones norteamericanas del concepto weberiano de carisma iban a ahondar en el decaimiento de dicha terminología. Richard Bendix se encargó de realizar una traducción mucho más atenta y pormenorizada de la obra de Weber y este sí sostuvo que, pese a ser una atribución personal, el carisma se convierte en una cualidad despersonalizada a través de, por ejemplo, los procesos de rutinización. En este sentido, el carisma se puede transmitir entre los miembros de una familia o cargos de una institución política.

En la segunda mitad del siglo XX, el manual *Economía y sociedad* fue traducido con mayor acierto por parte de investigadores norteamericanos favoreciendo la vuelta del concepto weberiano de carisma. Bensman y Givant criticaron que el carisma sólo fuera propio de sociedades premodernas y llamaron a la paradójica importancia de necesitar cada vez más

vínculos carismáticos en la actualidad (Bensman y Givant, citado en Glassman y Swatos 1986: 45).

En las sociedades contemporáneas, existen agentes cuya lógica de funcionamiento consiste en la adscripción de adeptos o seguidores gracias a vínculos sentimentales o afectivos. Un ejemplo lo observamos en la afiliación a un partido político, donde cada vez menos se preponderan factores objetivables o cuantificables y, por el contrario, se atiende más a la identificación personal del seguidor con el propio líder. Lo observamos en el nacimiento de Podemos, una organización eminentemente personalista cuyo éxito no podría entenderse si no se acompaña de la figura ultra mediatizada de Pablo Iglesias.

2.4. La fabricación de carisma: pseudocarisma

Bensman y Givant han vinculado esta nueva relación entre el líder y los seguidores a través de los medios de comunicación con el concepto de “pseudocarisma” (op, cit. 48). Investigaciones sobre la materia lo definen como “la falsa experiencia de intimidad con un líder, fabricada racionalmente a través de los medios de comunicación con objeto de lograr una identificación entre el consumidor mediático con la persona expuesta” (Bensman y Givant, citado en Tojar 2020:12).

William Swatos, en un artículo publicado en el año 1981, también recurre al término de pseudocarisma o carisma manufacturado. En esta ocasión, el autor cita a Weber para alertar, en las sociedades democráticas, del efecto de los medios en el fomento de la adulación al “héroe carismático” (Swatos, 1981: 126). Tanto para Swatos como para otros autores como Glassman, la fabricación del carisma podría tener que ver con una cierta intención de mantenimiento del statu quo (op. Cit. 126). A pesar de que Weber estudió las transformaciones del carisma genuino, para estos autores el carisma manufacturado o pseudocarisma se enmarca en un estadio más allá de aquellas transformaciones preconizadas por el sociólogo alemán. De acuerdo con Glassman, y como recoge Swatos en su artículo, las

entidades de radiodifusión se erigen en agentes productores de carisma, más si el control de estas está sometido a los designios del poder del Estado (Swatos, 1981: 127).

El filósofo alemán Karl Loewenstein (1966) observó lo siguiente en torno a la relación de los medios de comunicación con los líderes políticos. Paradójicamente, la implicación de los medios de comunicación de masas en la proliferación del liderazgo ha llevado a esta corriente a hablar de un posible efecto descarismatizador de los medios. Por medio de Swatos, Loewenstein dice:

La democratización ha fortalecido los componentes plebiscitarios en los procesos de poder al mismo tiempo que ha disminuido decididamente las posibilidades de desarrollo y funcionamiento del verdadero carisma. El líder que se muestra a diario es menos mágico y magnético que el líder que no se ve en absoluto o sólo raramente en ocasiones especialmente favorables para él. Lejos de reforzar el carisma, los medios de comunicación en una sociedad abierta actúan como desencantadores. Es como si el carisma se hubiera convertido en una víctima de la tecnología moderna (Loewenstein, 1966: 84-86, citado en Swatos, 1981: 128, traducción propia).

Bajo las mismas intenciones que favorecieron el impulso de la noción de pseudocarisma, otros investigadores como Salvador Giner hablan de una dualidad latente en las democracias liberales occidentales en torno a la consecución de la excelencia desde un prisma individualista. El sociólogo enfrenta a quiénes son capaces de lograr sus objetivos y quienes se quedan por el camino. La culpa de ello la tienen los méritos y el ansia por la inagotable búsqueda de la excelencia, reservada, de acuerdo con Giner, sólo a una élite. Esta cúspide minoritaria estaría dotada de cierto conocimiento, aptitudes o valía inalcanzable para la mayoría. Estas facultades excepcionales serían modeladas a través de herramientas como los medios de comunicación. Es entonces cuando empezamos a hablar de la manufactura del carisma. El carisma deja de ser algo personal e

irracional como describió Weber a comienzos del siglo XX para convertirá en un medio para alcanzar un fin: la excelencia humana —paradigma de la civilización moderna—.

2.5. El carisma manufacturado: ¿una cuestión de élites?

Para Giner, existen tres componentes básicos para lograr la excelencia: el esfuerzo, la virtud y la vocación (2003: 148). “En la modernidad —prosigue Giner— la excelencia humana es posible para todos, pero la consiguen unos pocos [...]. Es un bien de élite” (2003: 149).

“El individualista tradicional no cree en el mundo de ungidos por lo sobrenatural, aunque sí desea ver plasmarse un mundo de ungidos por su propia virtud o mérito” (Giner, 2003: 150). En este sentido, el individuo excelente se vuelve sobre sí mismo. Para el sociólogo existen problemas a la hora de concebir la excelencia como resultado de los logros. No todo el mundo, dispuesto a realizar un ejercicio, termina satisfactoriamente (entendiendo lograr la excelencia). Por esta razón, para Giner, en la sociedad contemporánea se vislumbran dos bandos: los que triunfan y los que no. Acerca de esta dualidad dentro de la sociedad liberal, el académico reflexiona lo siguiente:

Las cosas se complican en una época como la presente en la que la creencia en el mérito logrado agoniza en muchos ámbitos. Es sustituida por la admiración por el éxito más o menos fácil. Esta fomenta el cultivo de la publicidad de la propia imagen, con negligencia del propio yo sustantivo y denso. El yo, en sí, deja de interesar. Ebrias de imagen, las gentes lo confunden con ella. El éxito mundano (a poder ser, mediático) socava así la concepción tradicional, esforzada y ética, del mérito. Por eso triunfa quien gana la aprobación de comisiones especializadas en la asignación del reconocimiento público (premios, medallas) o el nombramiento para un lugar estratégico de alta visibilidad. El favor efímero del público se logra a través de la publicidad de personas, a poder ser mediante un soporte mediático preparatorio y deliberado, acompañado de un lanzamiento estratégico. [...] El personaje es como nosotros, como todo el mundo (Giner,

2003: 151).

En contraposición con el carismático genuino, el héroe en los medios nunca oculta que es un ser profano y terrenal, por muy extraordinaria que sea la razón de su veneración. En los medios, el líder carismático ya no busca negar el mundo, sino ser complaciente y aceptar la realidad. La excelencia necesita ser percibida como algo, pese a lo extraordinario, al alcance de todos los individuos. Los medios de comunicación y, concretamente, la televisión, exacerban la imagen de estos seres increíbles incluso si los méritos o el esfuerzo realizado no correlaciona en el mismo grado de la visibilidad obtenida.

Tal es la necesidad de creación de personajes excelentes que la historia ha demostrado cómo se ha llegado a regímenes políticos personalistas capaces de poner en aprietos los resortes de la convivencia. Para Giner, “obedecemos sólo al imperativo de poblar de héroes e iconos vivientes, o de santos laicos, nuestro mundo” (2003: 154) hasta el extremo de soslayar democracia con tiranía. Esto evidencia lo arraigado que está para el ser humano la necesidad de autorrealizarse y ver reflejado sus fracasos en los éxitos mediatizados de los otros. Tal y como preconiza Giner, “tras la faz profana del aderezo televisivo se agazapa siempre la pretensión del carisma real. No sabemos vivir sin él” (2003: 162).

2.6. Una nueva relación entre el líder y sus seguidores: la política mediatizada

La insistencia de los medios en la generación de vínculos cálidos, efímeros y trascendentales entre el líder y el seguidor puede llevar, en última instancia, a la corrupción de la cultura política de un país, generando “líderes incivilizados” (Tojar 2020:15) cuyo único afán es el de escapar del juicio sobre el resultado de sus acciones. Agitan un sentimiento de pertenencia impostado con la finalidad de prometer un “más allá” placentero que difumine su tarea en el despacho y, por contra,

visibilice su faceta mas personal. El líder ya no necesita poseer cualidades extraordinarias o titánicas a fin de resultar carismático, sino que le basta con mostrarse cálido, hogareño y cariñoso con los suyos, y erigirse, si se precisa, en un perfil duro y combatiente con el enemigo (Sennet, citado en Tojar 2020:15).

Hoy en día, los medios de comunicación, sobre todo la televisión, favorecen la construcción de nuevos mitos a partir de políticos muy habilidosos. Uno de los promotores fue Franklin Roosevelt en el siglo pasado. Podemos hablar ciertamente, a mi juicio, de *mito manufacturado*. Al igual que el carisma, ganará en durabilidad, pero perderá en potencia de adscripción de adeptos. Por ejemplo, la ideología política es muy complicado que sea concebida como algo fabricado a medida, es decir, un día no te levantas siendo de izquierdas y al otro, de derechas. No obstante, la lógica de la mediatización sí que puede potenciar el cariz mitológico de ciertos actos ligados a un personaje pseudocarismático como, por ejemplo, una ceremonia de investidura o la entrega de unos premios. Es indudable que la entrega del Nobel de la paz a Barack Obama en el año 2009 fortaleció entonces su imagen pública y arraigo carismático.

Murray Edelman, sociólogo norteamericano, en su publicación *Constructing the political spectacle* añade que “la gente considera los asuntos generales demasiado abstractos y alejados de la vida cotidiana de las personas. [...] El debate político se centra en cuestiones muy reducidas que son a las que el ciudadano de a pie le va a prestar atención” (Edelman, 1988). En consecuencia, el discurso político, así como los propios líderes, se fundamenta en base a criterios de escenificación. Para que una acción política tenga más éxito que otra ya no es óbice ver el grado de resolución efectiva de los problemas, sino testar la capacidad por hacerse más atractiva e impactante respecto de la de los oponentes ante los medios. Algunos autores como Christian Salmon dicen que “el arte del Estado ha sido sustituido por el arte del estrado” (Salmon, 2007).

De acuerdo con Oscar Landi, “la política se replantea en

término de imágenes” (Landi, 1991). A lo que añado: imágenes estereotipadas fuertemente impactantes con el objetivo de servir de catalizador de las pulsiones emocionales básicas de los individuos como defensa de la complejidad del mundo racional.

Mediante su imagen, el líder político se sitúa en el centro del proceso político. La evolución de la política desde los temas hacia la gente y desde los partidos e instituciones a los políticos es lo que autores como Adam y Maier han denominado “proceso de personalización” (Adam, Maier, 2010). Gracias a Internet, surgen los *líderes electrónicos*, es decir, un nuevo tipo de liderazgo donde prima la apariencia o la capacidad de desenvolverse con agradabilidad ante el público gracias a un estilo desenfadado y/o simplificado. La información política ha favorecido una cierta banalización en el tratamiento informativo a partir del empleo de encuadres fáciles de seguir: quién gana o quién pierde, conflicto o interés humano, entre otros. Esto ha llevado a que autores como Mazzoleni y Sfardini alertan sobre un cierto tambaleamiento de la salud democrática ante una ciudadanía con grandes dificultades para obtener información rigurosa sobre las actuaciones de los partidos políticos. Ante esta prevalencia de la espectacularización, estos autores previenen el nacimiento de una “política pop”, ligera y de impacto fácil y sencillo, en sustitución de la política tradicional (Mazzoleni, Sfardini, 2009).

3

METODOLOGÍA

Este trabajo tiene como objetivo fundamental el abordar la figura de Jacinda Ardern en tanto personaje político en la actualidad. Desde un plano teórico-analítico se ha preferido escoger un enfoque desde la perspectiva sociológica moderna. Concretamente, nos basamos en los estudios que el sociólogo alemán Max Weber realizó durante su carrera acerca del carisma político para medir el arraigo de Ardern en la sociedad democrática actual. Consideramos, pues, como el sociólogo alemán, que la relación entre los seguidores y el líder político es una relación eminentemente social. Por ello, la importancia del contexto y de las herramientas alrededor presentes en la construcción del liderazgo se van a presentar como elementos trascendentales a la hora de valorar la figura política.

Para ello, se ha realizado una investigación teórica alrededor de los principales exponentes intelectuales alrededor de la noción de carisma, liderazgo y masa. Este abordaje bibliográfico lleva como principal objetivo el dotar al corpus de la investigación de un engranaje teórico lo suficientemente sólido que permita dar respuesta a las preguntas de investigación que se plantean a lo largo de este trabajo. Concretamente hemos hecho un estudio observacional descriptivo no participativo. Centran la investigación dos estudios de caso focalizados cada cual, por un lado, en los atentados de Christchurch y, por otro, la gestión político-comunicativa de la pandemia de coronavirus. De este modo, en primer lugar, abordaremos la compostura de

Ardern a la hora de gestionar las horas posteriores a los ataques y su implicación a través del análisis del discurso. En segundo lugar, realizaremos un análisis de las redes sociales y del uso de estas por parte de Ardern a la hora de sopesar su significatividad para valorar la gestión política de la pandemia. Ambos sucesos serán evaluados al final como plausibles elementos para considerar a Jacinda Ardern una líder carismática.

4

TRABAJO DE CAMPO

En los siguientes estudios de caso, tal y como se ha anunciado previamente, se va a procurar verter el conocimiento adquirido en el marco teórico e intentar corroborar hasta que punto la figura de Jacinda Ardern se acrecentó sobremanera a la hora de gestionar tamañas coyunturas. Principalmente, vamos a plantear las características del carisma que enunció Weber como tamiz a la hora de valorar el nivel de carismaticidad de Ardern desde su ascenso político hasta su plena consolidación.

4.1. Ardern, de Morrinsville a la *City* de Londres

A comienzos de 2021, Madeleine Chapman, periodista y colaboradora habitual en *The Spinoff*, publicó el primer libro biográfico de Jacinda Ardern. La primera ministra de Nueva Zelanda ha sido considerada, desde su ascenso definitivo en 2017, como una de las líderes políticas más prolíficas y carismáticas en la actualidad. En su libro, *Jacinda Ardern: un nuevo modelo de liderazgo* se retrata a la lideresa como una persona cuyos orígenes humildes le permitieron granjearse una conciencia crítica social que a la larga trasladaría a sus labores en los despachos. Chapman describe los primeros pasos de Ardern así:

Jacinda Kate Laurell Ardern nació el 26 de julio de 1980 en Hamilton, pero sus primeros recuerdos se crearon en Murupara, donde se mudó la familia cuando Jacinda tenía cinco años. Su padre, Ross, fue destinado allí como agente de policía. Murupara era una zona dura. Los

Tribesmen, una banda de motoristas recién formada, gobernaban en el pueblo, y la privatización de la industria maderera había provocado que muchos de los lugareños acabaran cobrando el paro. Los Ardern vivían delante de la comisaría y Jacinda presencié mucha pobreza y violencia durante la época que pasó allí. Jacinda ha definido su primera infancia como “política”: ‘Si se puede empezar a crear una conciencia social cuando eres una niña, eso es lo que me pasó a mí’ (Chapman, 2021: 13).

Tiempo más adelante Jacinda se reafirmaba en lo expuesto y constituiría la razón de ser de su ascenso y éxito profesionales: “De niña nunca veía el mundo desde la perspectiva de la política, y en muchos sentidos sigue siendo así; intento verlo a través de los ojos de los niños, las personas y del concepto de justicia más básico” (Chapman, 2021: 14). Su carácter diplomático, tanto entre compañeros como hacia adversarios o enemigos, lo cultivó desde pequeña mientras veía incansablemente las trifulcas a las puertas de la comisaría de Murupara. Durante uno de esos altercados, Jacinda iba caminando por la calle y coincidió con su padre, quien había dado el alto a un grupo de chavales. Tal y como desvela Chapman, su padre, frío, con talante conciliador y manteniendo la situación bajo control, instó a Jacinda a seguir hacia adelante asegurando que allí no pasaba nada. Esa dominación se le quedó grabada a la joven y años más tarde constituiría la base de su *modus operandi* en la política nacional.

Con ocho años, la familia Ardern se mudó a Morrinsville, un núcleo algo más urbanizado que Murupara y donde la pobreza contrastaba con otro nivel de vida algo superior. El estatus de los Ardern era bueno, pero Jacinda siempre mantendría un halo de preocupación por las capas más desfavorables de su entorno. Además, desde bien pequeña tomó conciencia de responsabilidad y, pese a no necesitarlo, vio importante dedicar algunas horas al cuidado del puesto de frutas de la familia. Su entrada en la escuela Morrinsville le despertó su vocación por el servicio público. No había alcanzado la mayoría de edad, ni

siquiera era una chica adolescente, cuando Jacinda entró a formar parte del consejo de estudiantes para canalizar su instinto contra la injusticia (Chapman, 2021: 15).

Con el paso de los años, los temas que se iban tratando en el consejo estudiantil iban adoptando una enjundia y trascendencia cada vez mayor. Hasta la llegada de Jacinda al consejo, el uniforme constaba de falda para ellas, pantalones (cortos o largos) para ellos y camisa por dentro para todos. Jacinda capitaneó y defendió el cambio de camisa para que los alumnos pudieran utilizarla por fuera sin perjuicio del tipo de camisa. Sin embargo, su mayor logro a tan temprana edad fue la aprobación para que las chicas pudieran utilizar, si así lo querían, pantalón corto o largo durante su presencia en el instituto (2021: 16).

Algunas de las cualidades más características por las que se podría definir a Jacinda Ardern serían sin duda su pragmatismo, humildad o responsabilidad. Como relata Chapman, Jacinda siempre ha considerado actuar a la sombra de los focos mediáticos porque es donde estaba el poder “para llevar a cabo cambios reales” (2021: 17). En el libro podemos descubrir que Ardern nunca tuvo como objetivo principal alcanzar el cargo más importante de su país.

Además de presidenta del consejo de estudiantes en su etapa escolar, en su adolescencia, Jacinda Ardern prosiguió con su mantra de cambiar el mundo al dirigir el SADD (Asociación de Estudiantes Contra la Conducción bajo los efectos del Alcohol, por sus siglas en inglés). El fin de esta organización residía en la prevención de los accidentes automovilísticos por parte de los más jóvenes en las provincias neozelandesas. La falta de transporte público y la ausencia de control policial se presentaban como el acicate necesario para que los más jóvenes se atrevan a coger el coche bajo los efectos del alcohol. Ardern logró su cometido tras el baile de fin de curso de la promoción de 1997 al fletar autobuses para que los estudiantes, al término de la fiesta, pudieran regresar a sus casas con seguridad (Chapman, 2021: 23).

La actual primera ministra llegó a trabajar como camarera en un restaurante del pueblo. Esto plantea a Ardern como una líder política con un pasado normal, es decir, al alcance de todos. Esta percepción de normalidad en los líderes contemporáneos es importante para la percepción de estos por parte de la opinión pública como seres ejemplares, no por su extraordinariedad, sino por su envidiable cotidianidad.

Podemos valorar a Jacinda Ardern como un personaje político carismático a partir de dos vertientes: una línea clásica weberiana, desde la concepción de ser extraordinario por sus excelentes facultades comunicativas y de liderazgo innatas; y una línea más contemporánea, desde la concepción del líder político como un igual para lograr la identificación con los seguidores. Esta relación ha de ser percibida como verdadera y, en la medida de lo posible, el político ser visto como alguien cuya vida personal se asemeja a la de sus conciudadanos.

En el año 2005 la primera ministra, Helen Clark, se preparaba para su reelección contra el conservador Don Brash. Clark se había propuesto rejuvenecer y dar un aire fresco a su partido. Por ello llamó a Ardern para que formara parte de su equipo de asesores a la vez que mantenía su conexión con las juventudes del partido laborista. La joven ya venía fraguándose desde dentro de la organización pues tiempo atrás formó parte del gabinete del ministro de Justicia y Asuntos Exteriores, Phil Goff. A sus 24 años, Ardern ya era vicepresidenta de las juventudes laboristas y desempeñaba un papel muy activo en la activación del voto en las capas más jóvenes de su país (Chapman, 2021: 35).

En 2006, como miembro de la IUSY (Unión Internacional de Juventudes Socialistas, por sus siglas en inglés), Jacinda ya no trabajaba dentro de las Juventudes Laboristas de Nueva Zelanda. Con ello, se puso a trabajar incansablemente en encontrar a su sustituta: Kate Sutton, vicepresidenta regional. En un congreso de la IUSY en Alicante se pactó la renuncia de Ardern al cargo y el anuncio de la que iba a ser su sucesora. Sin

embargo, salió como candidata a la presidencia de la IUSY en 2008, momento en que el presidente actual renunciaría al cargo. El ascenso de Ardern fue meteórico y su trabajo de gestión en la sombra encomiable. Fue la primera presidenta de Nueva Zelanda y la segunda mujer en cien años de historia de la IUSY (Chapman, 2021: 43).

La construcción del mito político estaba comenzando a fraguarse desde la fontanería del partido. Para ello, el hecho de que las aspiraciones de una compañera de trabajo cayeran en saco roto eran un mal menor. La ambición de Ardern no tiene límites, pero lo más importante, su ascenso se sostuvo sobre esos principios de férrea moralidad y consenso que siempre la han caracterizado. Como dice Madeleine Chapman, “nació la asesina sonriente” (2021: 43).

4.2. Luces y sombras hasta el liderazgo definitivo

En el año 2011, el Partido Laborista nombró a David Shearer como nuevo presidente de la formación con el objetivo de concurrir a las elecciones aquel año. Esta segunda legislatura para Ardern favoreció una mayor visibilidad para la próxima primera ministra gracias a su inclusión en el gabinete de la presidencia del partido y a su cargo como portavoz de los departamentos de Desarrollo Social e Infancia. En 2013, David Cunliffe coge las riendas del partido, pero mantiene a Jacinda los mismos galones que le había cedido su predecesor.

En 2014, el Partido Laborista había tocado fondo tras analizar el escrutinio electoral. Del 41,1% de los votos y 51 escaños obtenidos por Clark en 2005, se había pasado al 25,1% y los 32, respectivamente. La crisis de liderazgo resultaba palpable y Cunliffe fue relegado de su cargo al poco tiempo. El 18 de noviembre de 2014 el grupo parlamentario se decantó por Andrew Little para dirigir la oposición al Partido Nacional, quien afrontaba su tercera legislatura consecutiva gracias al liderazgo fresco y popular que destilaba John Key. A pesar de los cambios y la vorágine de dimisiones en la cúpula del Partido

Laborista, Little decidió seguir apostando por Ardern como uno de los miembros más destacados de su ejecutiva.

En 2016, un año antes de la siguiente convocatoria electoral, quien dimitió de manera inesperada fue el primer ministro John Key. Le sucedió en el cargo Bill English, un veterano hombre de partido, curtido en cuestiones económicas, pero lastrado en el arraigo carismático y personal que imploran los medios de comunicación en la actualidad. Por eso, ante la falta de un liderazgo potente mediático en las filas conservadoras, en el Partido Laborista se plantearon en serio la necesidad de un liderazgo capaz de generar un efecto movilizador en el electorado. Miembros del partido comenzaron a dirigir sus miradas hacia Jacinda Ardern, motivados por su espontánea sensibilidad, simpatía e ilusión con la que trataba los temas que más preocupaban a los ciudadanos.

El 25 de febrero de 2017 disputó y ganó el escaño uninominal por la región de Mount Albert, el cual dejó vacante su excompañero David Shearer. A las pocas semanas, la jubilación de otro miembro destacado en el partido despejaba el camino a Ardern para ascender hasta la vicepresidencia del Partido Laborista. A partir de este momento, el nombre de Jacinda Ardern comenzaba a resonar en los medios de comunicación y comenzó a extenderse un popular fenómeno de masas: la *Jacindamanía*.

La sombra de Ardern proyectada gracias a la incidencia de los medios de comunicación era demasiado alargada para el despegue definitivo del liderazgo de Andrew Little. Así, a unos meses de las elecciones generales, el Partido Nacional seguiría sacando una ventaja bastante cómoda a la formación socialdemócrata. El 1 de agosto de 2017 Little compareció ante los medios para anunciar su marcha de la dirección nacional del partido y dejaba así paso a un nuevo liderazgo que facilitara una victoria en los inminentes comicios (García, 2017). Ese mismo día, los 32 diputados laboristas que formaban parte de la legislatura escogieron por unanimidad a Jacinda Ardern como

presidenta del partido. Con todo, Ardern se acababa de convertir a sus 37 años como la segunda líder femenina del partido y la más joven de toda su historia.

De inmediato la intención de voto de los laboristas se disparó hasta el punto de disputarle la victoria por primera vez en varios años al Partido Nacional. El efecto arrastre y la carismaticidad en la nueva líder no lo conocían los socialdemócratas desde los tiempos de Helen Clark. Aquella campaña electoral fue frenética y, para no perder tiempo, Jacinda se reunió de prácticamente el mismo gabinete que conformaba el equipo de su antecesor.

Una de las medidas estrella en el programa electoral del Partido Laborista fueron las ayudas para la adquisición de una vivienda, así como el aumento de varias partidas presupuestarias destinadas al gasto social. Por su parte, el Partido Nacional, contaba con la gran baza del florido estado económico del país y el mantenimiento del nivel de vida durante los años de gobierno conservador. Sin embargo, y lejos de resultar paradójico, lo que facultó posiblemente el nombramiento de Jacinda Ardern como primera ministra en el otoño de 2017 fue su postura frente al capítulo de la inmigración. Los postulados del Partido Laborista, en la campaña electoral, no distaban mucho de los de la formación populista y nacionalista Nueva Zelanda Primero, dirigida desde 1993 por Winston Peters. La idiosincrasia de la opinión pública neozelandesa es algo vigilante y restrictiva respecto a lo foráneo. Por ello, en este asunto, la promesa de Ardern de reducir considerablemente hasta los 30.000 inmigrantes netos al año no desafinaba mucho con el ideario de una persona de mentalidad socialdemócrata y “ampliamente progresista”, como destaca Madeleine Chapman.

Pese a su conservadurismo, Nueva Zelanda Primero no se plantea en la antítesis de un partido socialdemócrata cuya idea cala en la sociedad occidental. El partido de Peters ya sostuvo los últimos años de Clark en el gobierno y estaría a punto de hacer lo propio, junto a los Verdes, para convertir a Jacinda Ardern en la flamante primera ministra de Nueva Zelanda. Sin

embargo, la noche electoral dejó un regusto amargo en el seno del Partido Laborista. El aura carismática de Ardern no fue suficiente para ganar considerablemente la elección general y el Partido Nacional cantó victoria en la fiesta de la democracia. A pesar de ello, la aritmética parlamentaria fue insuficiente para la formación de English y el recurso de los pactos de gobierno volvió a ser fundamental para alumbrar una nueva era en la política neozelandesa. Como los partidos minoritarios que sostuvieron la anterior legislatura desaparecieron en la nueva composición del Parlamento, entre ellos el partido maorí, los 54 diputados conservadores resultaron inútiles frente a los 46 del Partido Laborista, quienes, gracias al apoyo exterior de Nueva Zelanda Primero y, en coalición de gobierno junto a los Verdes (hasta 63 parlamentarios de un total de 120), facilitaron el ascenso de Ardern hacia la cima de los cielos en la política de su país.

4.3. Caso de estudio (I): una tragedia mediatizada. La masacre de Christchurch

El 15 de marzo de 2019 la tragedia se narró en directo en Nueva Zelanda. Este pequeño país es conocido precisamente porque *nunca pasa nada*. Los últimos acontecimientos verdaderamente violentos se remontan hacia la década de los años 90. Rompiendo esta inusitada tranquilidad, un ataque coordinado contra dos mezquitas en la ciudad de Christchurch provocó medio centenar de víctimas mortales y otras tantas heridas. El atacante, quien días después fue identificado como un radical extremista australiano, retransmitió en directo la masacre a través de Facebook Live. Est descendió de su coche a las 13:40 de aquel fatídico día y arremetió a quemarropa contra todos los feligreses que se encontraban rezando en la mezquita Masjid Al Noor. Apenas tres minutos después se hizo el silencio, interrumpido únicamente por las sirenas de los coches de policía y de ambulancia que se aproximaron con extraordinaria rapidez gracias a la celeridad con la que los

vecinos alertaron del tiroteo.

Tras seis minutos en los que mató a más de cuarenta personas e hirió a una docena, el atacante se dirigió a su coche y condujo unos cinco kilómetros hasta detenerse en las inmediaciones del centro islámico de Linwood. En este lugar, preso de la difícil orografía del edificio, el asesino comenzó a disparar, impotente (*sic.*) (Chapman, 2021: 194), desde las afueras del complejo religioso. Sin embargo, uno de los asistentes, Abdul Aziz, decidió plantar cara al atacante tras ver caer abatidos a varios de sus compañeros. En el parking de la mezquita se produjeron varios disparos sin causar mayor daño a Aziz. Este, ataviado con un datafono del interior del centro, lo usó como arma arrojadiza contra el asaltante, quien, tras maldecir a los allí presentes –“¡Qué os jodan a todos!” (op. Cit, 195)- y procedió a huir en su coche.

Mientras tanto, a cierta distancia de los acontecimientos, la primera ministra tenía en su agenda programada la asistencia en la Isla del Norte a una huelga escolar por el cambio climático (Chapman, 2021: 197). Tras enterarse de lo sucedido a través de su asesora personal, Ardern decidió dar media vuelta y dirigirse hacia la comisaria de policía correspondiente al distrito de Christchurch. En una sala de prensa improvisada en el hall de un hotel de la zona, Ardern profirió sus primeras palabras tras conocer los desagradables sucesos: “... Lo que ha ocurrido aquí es un acto de violencia extraordinario y sin precedentes [...]. Puede que muchos de los que se han visto afectados sean inmigrantes [...]; Nueva Zelanda es su hogar” (Ardern, en Chapman, 2021: 198). Tras un turno de preguntas y respuestas, Ardern cerró su intervención aseverando que “esté es, y será, uno de los días más oscuros para Nueva Zelanda” (op, cit., 199).

A las pocas horas, la primera ministra revivió la actividad de su paralizada cuenta de Twitter desde que asumiera el cargo de *premiere* en su país. Lamentablemente fue para mostrar su consternación por lo sucedido y trasladar sus condolencias a las familias de las víctimas a través de las redes sociales:



Ilustración 1. Comunicado de Ardern a través de Twitter. Fuente: @jacindaardern

Traducción:

Lo que ha sucedido en Christchurch es un acto extraordinario de violencia sin precedentes. No tiene lugar en Nueva Zelanda. Muchos de los afectados serán miembros de nuestras comunidades de migrantes, Nueva Zelanda es su hogar, ellos somos nosotros.

La persona que ha cometido este acto violento no tiene cabida aquí. A los de Christchurch: animo a que te quedes dentro y sigas las instrucciones de la policía. El Comisionado de Policía hará una declaración pública a las 5 pm. Actualizaré a todos nuevamente más tarde esta noche (Ardern, 2019, traducción propia).

En los anteriores tuits podemos observar cómo Ardern procura trasladar la misma idea nuclear del mensaje pronunciado en el hotel previamente. Además, como curiosidad, merece la pena detenernos el siguiente detalle: “Ellos somos nosotros”. En este fragmento, la primera ministra apuesta por quebrar una máxima en el discurso populista como

es la construcción de antagonistas. Normalmente, es habitual escuchar en los discursos de líderes de partidos etiquetados como populistas que existe un enfrentamiento entre una élite y un pueblo. También se ha recurrido al *Ellos* y al *Nosotros* para evidenciar un distanciamiento respecto de los que *no son como nosotros*. Es una técnica habitual en los discursos del expresidente de Estados Unidos, Donald Trump, o del presidente del partido político VOX, Santiago Abascal. Sin embargo, en este caso, Ardern pretende, y a mi juicio lo logra, resignificar esta definición al englobar en el *Nosotros* (la población, podríamos decir, nacional), a *Ellos* (es decir, a la minoría migrante, musulmana, en este caso, o perteneciente a la etnia maorí).

Tal y como anunciara en Twitter, a las horas de aquel comunicado, Jacinda Ardern ofreció una declaración institucional oficial a la Nación en la que desgranó muchos más detalles de lo sucedido, se deshizo en palabras de condolencias y cálidas hacia los familiares de las víctimas y, lo más importante, sentó un histórico precedente en la catalogación de este tipo de sucesos a nivel mundial:

*Con tristeza les digo [...] que 40 personas han perdido la vida en este acto de extrema violencia. Han muerto en [...] Linwood Avenue tres [...] fuera de la mezquita. Otros 30 han sido asesinados en la mezquita de la Avenida Dean. También hay más de 20 heridos graves [...]. **Está claro que esto sólo puede ser descrito como un ataque terrorista.** [...] Hay cuatro individuos que han sido detenidos, [...] personas [...] con opiniones extremistas que no tienen absolutamente ningún lugar en Nueva Zelanda y, de hecho, no tienen ningún lugar en el mundo.*

[...] La seguridad nacional se ha elevado de bajo a alto. Quiero asegurar a la gente que todos nuestros organismos están respondiendo de la manera más apropiada, incluyendo nuestras fronteras. [...] La policía está trabajando duro para que la gente sea capaz de moverse por

esta ciudad con seguridad. [...] Quiero enviar un mensaje a los afectados directamente, de hecho, quisiera compartir un mensaje en nombre del pueblo de Nueva Zelanda: nuestras oraciones y pensamientos están con vosotros (Arder, 2019, traducción propia).

Desde la llegada al poder de Donald Trump en Estados Unidos en el año 2016, una ola de violencia y de ataques de supremacistas blancos se desató sin ningún pudor contra las minorías migrantes en numerosos países de Occidente. En Europa, países como Polonia, Hungría, Italia, Alemania, Francia o España han experimentado también un ascenso de los partidos de extrema derecha cuya idiosincrasia reside en los principios del conservadurismo, proteccionismo y el nacionalismo. Sin embargo, y a pesar de haber sufrido ataques perpetrados por supremacistas blancos, ningún gobierno local había elevado estos ataques a la categoría que en 2019 lo hizo con vehemencia Jacinda Arder. Aquella noche, la primera ministra afirmó sin tapujos que los ataques contra las dos mezquitas en Christchurch habían sido un “claro ataque terrorista”. Esto colocó a la líder laborista en el centro del mapa geopolítico mundial al ser la primera máxima mandataria en catalogar de terrorismo los ataques de la ultraderecha.

La declaración fue sencilla y sin construcciones léxicas grandilocuentes. El hecho de que Arder afirmara que un hombre blanco ha sido el autor de un ataque terrorista fue la sorprendente novedad. Tras este breve acercamiento a la figura del asesino, Arder inmediatamente viró su objetivo en centrarse en lo que para ella realmente era lo importante: el reconfortamiento de los familiares de las víctimas y el recuerdo eterno de los fallecidos. Arder también se dirigió a su pueblo, el cual, nada acostumbrado a ser el objeto de esta clase de ataques, acudía desconcertado a las palabras de su primera ministra. Arder, como siempre, diplomática y tranquilizadora: “No nos escogen porque consintamos el racismo, por ser un puerto seguro para aquellos que odian o por ser un enclave del

extremismo; nos escogen porque representamos la diversidad, la amabilidad y la compasión. Somos hogar. Somos refugio. Este ataque no tambaleará nuestros valores” (Ardern, en Chapman, 2021: 201).

El lenguaje utilizado por la primera ministra estaba medido hasta el último signo de puntuación. No hay rastro de represalias, ni de imploración de justicia. Hay acercamiento a las víctimas, protección a los familiares de estas y de unión de todo un país en contra de ese verdadero *Ellos* eminentemente antidemocrático. En este momento, los medios de comunicación comenzaron a potenciar el carisma político de Jacinda Ardern a pasos agigantados. De repente, la líder neozelandesa se convirtió en el ejemplo ideal de cómo debiera actuar un presidente de gobierno ante una situación de semejante calibre.

Por ello, podemos validar una característica del carisma que asumió Weber en su desarrollo. El sociólogo alemán, recordamos, dijo que el carisma era crítico, es decir, propio de situaciones de crisis. Los ataques terroristas en Christchurch, y la manera en la que Jacinda se agigantó ante el mundo, supusieron el acicate imprescindible y necesario para potenciar el liderazgo de una mujer que, a pesar de que en su juventud rehusaba los mandos con más envidia de responsabilidad, ha llegado para modificar la manera de comprender el liderazgo político contemporáneo. Frente al odio que rezumaban líderes del momento a lo largo del globo, Ardern contrató con la más eficiente y efectiva de las respuestas: una sibilina indiferencia hacia los perturbadores de la paz y amor y cariño para todos aquellos que conforman una Nación: *Ellos*, las minorías, y *Nosotros*, los nacionales.

Días más tarde, desde la tribuna de la Cámara de representantes, Ardern se dirigió una vez más a la Nación en un discurso que fue redifundido por las principales emisoras periodísticas del mundo. El liderazgo de la primera ministra estaba en boca de todos. Sin embargo, con sus palabras y su

manera de expresarse, volvió a encandilar a una opinión pública consternada ante la oleada de crímenes de odio y violencia que estaba asolando el mundo occidental. El 19 de marzo, desde Wellington, Ardern realizó un discurso ejemplar tanto en fondo y forma. Sin extenderse demasiado en el tiempo y, por ende, ahondar en el horror y dolor de las víctimas, la primera ministra hizo de la autocrítica una bandera y el reconocimiento de la población musulmana un valor. Así, en primer lugar, Ardern reconoció fallas en la estructura legal burocrática que pudieron servir de parapeto al atacante para perpetrar el crimen terrorista. “Nuestra ley de armas va a cambiar”, prometió asegurando una modificación en las condiciones de tenencia de armas automáticas y semiautomáticas por parte de la población civil. Además, Ardern también aseguró no quedarse de brazos cruzados ante la impasibilidad que reina en las redes sociales a la hora de moderar ciertos contenidos que promueven discursos de odio o de violencia extremos.

Por otra parte, llamó también la atención la insistencia por despersonalizar al terrorista. Podemos considerar la intención por omitir la significación que el atacante ostenta en el relato y, por contraposición, reconocer a las víctimas como los protagonistas en estos hechos. En lugar de referirse por su nombre, Brenton Tarrant, Ardern utilizó calificativos como “terrorista”, “delincuente” o “extremista”, cuando no “una persona”, a la hora de hablar del autor de medio centenar de crímenes el día 15 de marzo. Además, Ardern quiso dedicar unas palabras al héroe que frenó la sangría de Christchurch: Abdul Aziz, un hombre afgano.

Algunas de las medidas que anunció Ardern como consecuencia de los atentados van en consonancia con su manera de entender la vida política desde que era bastante joven. Su estadía en Nueva York realizando tareas de voluntariado para ayudar a las personas desfavorecidas le granjeó un sentimiento de solidaridad y de empatía que, sin duda, sembró los posos de la líder política en la que se iba a

convertir. De esta manera, anunció un “gran esfuerzo económico para garantizar la cobertura de las necesidades de las familias” (Ardern, 2019, citado en Chapman, 2021: 285) de las víctimas. Sin embargo, la decisión más popular y necesaria que adoptó la primera ministra fue la puesta a disposición de un número de teléfono gratuito de asistencia sanitaria con el objetivo de tratar problemas de salud mental. Esta, años más tarde, se vería perjudicada por el azote de la crisis sanitaria de Covid-19.

4.4. Caso de estudio (II): El milagro *kiwi*. La gestión comunicacional de la pandemia de coronavirus

El 28 de febrero de 2020 Nueva Zelanda informó del primer caso de coronavirus en el país. Se trataba de un pasajero de un vuelo procedente de Irán. Era cuestión de tiempo que surgieran más casos y desde el gabinete de la presidencia se apresuraron por pasar a la acción. Se diseñó un sistema de alertas sostenido en cuatro niveles, donde el cuarto implicaba el confinamiento de todos los ciudadanos excepto los trabajadores esenciales. A mediados de marzo la OMS aún no había ni siquiera aconsejado el cierre de las fronteras en cada país. Sin embargo, el día 14 Nueva Zelanda impuso una cuarentena obligatoria para todos aquellos viajeros que entraran en el país. A la semana siguiente, tras confirmarse la transmisión comunitaria dentro del país, Jacinda Ardern, a través de un discurso oficial a la Nación desde su despacho, anunció que el país entraría en la fase dos de prevención. Las fronteras fueron cerradas días antes por primera vez en la historia de Nueva Zelanda.

A pesar de que los casos aumentaban a un ritmo menor que en otros países desarrollados, la primera ministra apenas tardó una semana más para informar de nuevo que el país se encaminaba hacia el escenario cuatro, es decir, un confinamiento general a partir del 25 de marzo. El mensaje de Ardern a través de sus redes sociales, como así de sus comparencias oficiales, era tranquilizador. Lejos de la

grandilocuencia, símiles con estados de guerra o una agotadora pasividad en otros líderes mundiales, las palabras de Ardern fueron recibidas al instante con gran acogida y los ciudadanos cumplieron a rajatabla con el cometido que les fueron impuesto. Días atrás, Ardern, en uno de sus muchos vídeos publicados a través de su cuenta de Facebook, enumeró a la población una serie de medidas que el gobierno iba a adoptar a fin de proteger la economía local y a sus trabajadores. De entre las que más destacan, merece la pena señalar un subsidio salarial para los empleados y ayudas directas inmediatas para los empresarios que han visto frenada de manera drástica la actividad en su negocio.

Durante estos días, las calles, marquesinas de autobús, cuñas publicitarias, etc., se inundaron de un simple, pero contundente mensaje: *stay home, save lifes*. El día 25 de marzo, todos los terminales móviles de los ciudadanos de Nueva Zelanda, se iluminaron de manera simultánea con una alerta paradigmática:

Este mensaje es para toda Nueva Zelanda. Dependemos de ti. Cumple las normas y QUÉDATE EN CASA. Actúa como si tuvieras COVID-19. Así salvarás vidas. Recuerda: donde pases la noche hoy es donde DEBES quedarte a partir de ahora. Sólo debes tener contacto físico con aquellos con los que convives. Es probable que las medidas del cuarto nivel se mantengan durante varias semanas. Pongamos todos de nuestra parte para unirnos contra la COVID-19. Kia Kaha (Chapman, 2021: 260).

Los estudios de Comunicación en la Universidad de Waikato impulsaron la facilidad con la que Ardern comunica de manera tan pedagógica un mensaje tan potente. Durante las cuatro semanas de confinamiento más duro en el mes de abril, fueron habituales las comparencias de la primera ministra junto al director general de salud en Nueva Zelanda, Ashley Bloomfield. El tono seco de sus actualizaciones contrastaba con el estilo de comunicación más personal de Ardern. Mientras tanto, la

primera ministra volvió a copar los grandes titulares a nivel mundial. Su reputación y capital político no dejaba de crecer, sobre todo tras hacerse público una rebaja de sueldo del 20% en todos los miembros del gobierno neozelandés.

A finales del año 2020, *The Lancet* publicó un estudio en el que se daba cuenta de las consecuencias que tuvieron las drásticas medidas adoptadas por la Administración Ardern durante los meses de marzo y abril de aquel año. Según la publicación, y de acuerdo con el gráfico que se puede analizar a continuación, la curva de mortalidad referida al año 2020 en Nueva Zelanda fue netamente inferior a la del compendio de años entre 2015 y 2019.

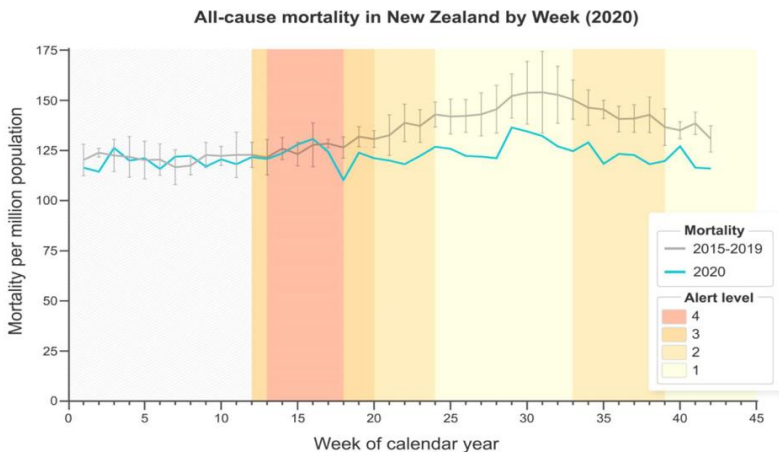


Ilustración 2. Curva de mortalidad en Nueva Zelanda. Fuente: The Lancet

El estudio demuestra como a partir de la entrada en vigor del máximo nivel de alerta en el país, la curva de mortalidad se aplastó de tal forma hasta reducir los números de incidencia mortal de la pandemia a los mínimos conocidos a nivel mundial. Aún, es más, las medidas sanitarias han evitado incluso otras muertes asociadas a enfermedades cardio respiratorias, tales como la gripe o la neumonía.

Todo lo anterior contribuyó a que el día 4 de mayo fuera la

primera fecha en la que no se notificara ningún caso dentro de las fronteras neozelandesas. A los pocos días, el 9, Ardern comunicó de manera oficial que el país estaba libre de transmisión comunitaria y que, por tanto, reabría las fronteras y los ciudadanos podían comenzar a volver de manera concienciada a retomar su vida normal. Algunas voces críticas y escépticas con este *milagro kivi* han achacado a las peculiaridades geográficas de Nueva Zelanda su extrañeza en la incidencia de coronavirus en el país. Sin embargo, a mi juicio, y considerando parcialmente esta premisa del factor geográfico como algo para tener en cuenta, me permito poner en valor algo que va mucho más allá de la valoración de la tipología de fronteras o de la extensión de un país: una estrategia efectiva de comunicación.

Por ejemplo, Reino Unido también forma un conjunto de islas, un archipiélago, y la gestión de la pandemia, sobre todo durante la primera ola, dejó mucho que desear. Boris Johnson fue muy reticente a adoptar severas medidas de contención y mitigación del coronavirus y la incidencia se disparó durante los primeros meses. No fue hasta que el *premier* británico fue ingresado en una UCI de su país tras dar positivo por Covid-19 cuando desde el gobierno inglés se planteó virar la comunicación hacia unos derroteros más efectivos. Resulta curioso, cuanto menos, la asombrosa coincidencia entre la estrategia llevada a cabo en Nueva Zelanda y el empleo de la cartelería y eslóganes oficiales en Reino Unido para concienciar a la población. Las comparecencias públicas de Johnson comenzaron a estar protagonizadas por un tríptico de eslóganes directos a la emocionalidad del ciudadano: “quédate en casa, protege el sistema nacional de salud, salva vidas”. Mensajes cortos y concisos que retrotraen a las consignas lanzadas por Ardern desde su país, como hemos podido comprobar en la Ilustración 2 previamente. La gestión de la pandemia en Nueva Zelanda puede leerse en clave colectiva: “Unidos contra la COVID-19”, frente al individualismo que sobresalía de la gestión de Johnson en Reino Unido.

Tras el escenario relajado que se planteaba a inicios del verano de 2020 el objetivo ahora estaba en mirar hacia la gestión de la campaña electoral para las inminentes elecciones en el mes de septiembre. En el Partido Laborista el liderazgo de Jacinda Ardern estaba fuera de toda discusión tras una primera legislatura en la que su carisma y la atracción personal catapultó a la primera ministra al estrellato mundial. Sin embargo, en el Partido Nacional batallaban por encontrar a su Ardern y poder derrotar a la adversaria laborista en las urnas. Durante toda la legislatura, el líder de la oposición fue Simon Bridges, un hombre de partido. Pero la opinión pública, tras una encuesta encargada a nivel interno por el propio Partido Nacional, no estaba del todo conforme con la labor de Bridges durante los últimos años. Por eso, es un último intento desesperado por plantar cara a Ardern en los comicios, Todd Muller se presentó como candidato del Partido Nacional con Nikky Kaye como segunda de a bordo (Chapman, 2021: 264), némesis de Ardern durante los tiempos por los que ambas bregaban por un escaño nominal en el Parlamento. Pero la vorágine de cambios en el seno del partido conservador no se detuvo y tras la renuncia inesperada de Muller al cabo de 50 días (op. Cit., 264), la veterana Judith Collins se convirtió en la tercera líder del partido en apenas tres meses.

A medida que avanzaban los meses de verano, la apertura de fronteras y libre circulación de viajeros provocó que el número de contagios en Nueva Zelanda volviera a preocupar a las autoridades. En el mes de julio de 2020 el número de casos en todo el mundo superó los 16 millones. Para entonces, la cifra de muertos en Nueva Zelanda se había mantenido estable, es decir, no se habían notificado nuevos decesos desde los 22 que se actualizaron en el mes de mayo (OWD, 2021). La campaña electoral seguía su ritmo trepidante. Sin embargo, el 11 de agosto Jacinda Ardern compareció ante los medios para anunciar que, tras más de dos meses sin transmisión comunitaria, se habían detectado los primeros casos en el país

en el seno de una familia de cuatro miembros: “Auckland pasaría a un confinamiento de tercer nivel durante los próximos tres días” (Chapman, 2021: 268). No obstante, el aumento de casos confirmados tras la realización de numerosos tests obligó a la primera ministra a, en primer lugar, prolongar el confinamiento selectivo de la ciudad más grande del país y, en segundo lugar, aplazar las elecciones del 19 de septiembre al 17 de octubre.

Las encuestas realizadas durante el mes de agosto reflejaban un apoyo mucho más sólido al partido laborista. La demoscopia reflejaba un 53% de fidelidad para la formación socialdemócrata por un 32% del Partido Nacional (Chapman, 2021: 269). Con semejante apoyo, el cual dejaba entrever que podría darse el caso de gobernar en mayoría absoluta por primera vez en la historia de la representación proporcional, Ardern podría aprovechar con mayor comodidad la situación para aplicar sus medidas programáticas más progresistas. Entre ellas, se esperaba un aumento impositivo a los altos contribuyentes con el objetivo de paliar la deuda heredada por el plan de contingencia del coronavirus (op. Cit. 269). Dicho aumento se consolidó en marzo de 2021, cuando Ardern confirmó que un 2% de los contribuyentes se verían afectados por una subida del impuesto máximo al 39%, lo que supone una variabilidad de seis puntos porcentuales respecto a la tasa precedente. Además, en su plan de lucha contra la desigualdad, la primera ministra también hizo oficial una subida del salario mínimo de 18,90 NZD (11,27 €) a 20 NZD (11,93 €) lo que beneficia a unas 175.000 personas (EFE, en elDiario, 2021).

Los resultados preliminares de la noche electoral confirmaron la victoria histórica para los laboristas. El partido de Jacinda Ardern podría gobernar en solitario, sin depender de la condicionalidad del apoyo externo de Winston Peters, quien, por cierto, se había quedado fuera del Parlamento. Sin embargo, lo paradigmático no fue el hecho de que Partido Laborista arrasara en las urnas, algo que podría entenderse a juzgar por

que en situaciones de crisis los individuos tendemos a adoptar una posición mucho más conservadora respecto a situaciones más fructíferas en las que somos más propensos al riesgo. Por el partido Verde, una joven diputada de tan sólo 26 años, Chlöe Swarbrick, dio la sorpresa al entrar en la Cámara neozelandesa a través de la puerta de entrada hacia la *Jacindamania*: el distrito de Auckland Central, por el que la primera ministra ocupó su primer escaño en el Parlamento. Quién sabe si tras Helen Clark y Jacinda Ardern un tercer liderazgo en ciernes está a punto de germinar en la arena política neozelandesa.

4.4.1. La importancia del aparato mediático en la construcción de realidades

Uno de los fenómenos más destacados en la política contemporánea es la personalización. Valga la realización de este trabajo como justificante de la anterior afirmación. Merece la pena matizar que por personalización no nos referimos a una vulgarización de la actividad política en tanto reduccionismo a la vida personal de los políticos, sino a la alta visibilidad de ciertos individuos que ostentan cargos de poder. Tampoco existe una correlación directa entre cuanto más visibilidad tenga un individuo más capacidad directora tendrá a la hora de coordinar un equipo, un país o un gobierno. Por tanto, los líderes no se hacen en la televisión, sino que, de acuerdo con la tesis principal que sostiene esta investigación, los líderes lo son en tanto existe una relación con sus seguidores.

El líder tiene que interpretarse a sí mismo delante de los medios de comunicación. Para mantener un determinado grado de confianza y credibilidad entre el líder y los seguidores, el líder ha de evitar a toda costa que se evidencie el artificio de la trama. El objetivo en las sociedades modernas es hacer creer que se está en posesión de un poder excepcional. El efecto de los medios de comunicación ha multiplicado el escenario por los que los líderes adquieren presencia. La eficacia de las acciones ya no se va a medir en el grado de satisfacción obtenida, sino en

la cantidad de veces que un político va a ser expuesto dentro del campo mediático.

La vida política se ha convertido en una novela o en un relato de intenciones en el que la vida personal de la actividad del líder va a ser con lo que los ciudadanos van a lograr una identificación. Por eso, el hecho de que Jacinda Ardern se convirtiera en la primera mujer primera ministra en dar a luz en pleno ejercicio de sus funciones suscitó una atención sobrecitada tanto en los medios de comunicación como en la gente común. Al momento de dar a luz, se hizo viral una fotografía de Ardern junto a su pareja, Clarke Gayford, sosteniendo en su regazo a su hija recién nacida.



Ilustración 2. Jacinda Ardern, junto a su pareja, tras dar a luz. Chapman, 2021

Si analizamos la fotografía desde la perspectiva mítica del relato político que preconizó principalmente el semiólogo Roland Barthes, podemos extraer varias conclusiones. En primer lugar, hablamos de un significante expreso, como es el de una mujer junto a su marido sosteniendo a su hija. El significado que evoca es el de un nacimiento por vía natural. El signo principal, en tanto producción de sentido, es el nacimiento del primogénito de la primera ministra, lo que implica una novedad. En este momento se construye el mito,

por el que Jacinda, sin maquillar, significa el sufrimiento de la madre gestante primeriza, quien recibe el apoyo de su pareja en el momento más importante de su vida (personal). En cierto sentido, Neve Te Aroha Ardern Gayford, se dibuja como *sucesora* de su madre, la cual, por el significado de su nombre, encarnaría el compromiso con las minorías étnicas en Nueva Zelanda. Podría ser interpretado este nacimiento como la unión de dos civilizaciones: maorí y pākehā.

La dramatización de la política es una función muy antigua en el tiempo. Las grandes pinturas que inmortalizaron a las dinastías más poderosas del Viejo Continente fueron una manera de transmitir una imagen del líder o guía en su momento. La peculiaridad de la política contemporánea reside en las características de un fenómeno denominado mediatización. Podemos entender por esta a la incidencia de los medios de comunicación en las lógicas inherentes al campo de la política. Hay que pasar la imagen de los políticos a través del tamiz de los medios de comunicación. Hablamos entonces de producción de morbo o de trivialización. El escenario de la dramatización está sometido al imperio de la actualidad y de las normas comerciales. El líder, en definitiva, interpreta un papel como en una novela. Esto implica explicar o interpretar un mensaje político en términos intencionales.

Durante los meses duros de la pandemia, en 2020, Ardern subió cientos de vídeos a su página de Facebook con el objetivo de charlar con sus seguidores, al tiempo que ofrecía alguna actualización acerca de la situación en el país. Instagram fue un recurso habitual a la hora de valorar la actividad de Ardern en las redes sociales. Precisamente me gustaría destacar varias publicaciones que la primera ministra fue compartiendo desde los inicios de la pandemia hasta el desarrollo de las vacunas.

En la Ilustración 3 observamos un trozo de tela, junto a dos gomas elásticas y unas tijeras para proceder a su manipulación y conversión en una mascarilla. En la línea de su preocupación por el bienestar de sus ciudadanos, sobre todo de aquellos

menos desfavorecidos, Ardern instó a los usuarios a fabricar sus propias mascarillas para protegerse del coronavirus. Cabe recordar que, durante los primeros meses de la pandemia, los precios de estos artilugios sanitarios no estaban regulados por los gobiernos, por lo que, en una economía de libre mercado, el PVP se disparó debido a la alta demanda de las mascarillas por los ciudadanos.



Ilustración 3. Trozo de tela para confección de mascarilla artesanal. Fuente: Instagram (@jacindaardern)



Ilustración 4. Ardern en un laboratorio. Fuente: Instagram (@jacindaardern)

A finales de 2020, las grandes farmacéuticas en el mundo desarrollado comenzaron a anunciar que sus antídotos estarían listos para ser usados por los diferentes países. A pesar de la gran efectividad que las diferentes marcas iban anunciando respecto de sus dosis, ninguna inferior al 90%, muchos ciudadanos acudían escépticos a la aprobación de las vacunas en un laxo de tiempo tan corto. Por ello, Arden se decidió a narrativizar el proceso de vacunación popular publicando una instantánea de ella misma en un laboratorio clínico, la cual reconocía “resumir el año 2020”. A mediados de 2021, subió una fotografía en la que se podía observar a la líder del gobierno en una postura amable, feliz y tranquilizadora tras recibir la correspondiente vacunación contra la Covid-19. Con ello, instaba a la población a vacunarse contra el patógeno.



Ilustración 5. Arden recibe la primera dosis de la vacuna de Pfizer. Fuente: Instagram (@jacindaardern)

Este recurso incansable a las historias destacadas en Instagram, los hilos encadenados de Twitter o a las retransmisiones en vivo de Facebook Live provoca precisamente ese sentimiento que ya hemos comentado con anterioridad de identificación y simpatía entre el líder político y sus seguidores. Cuando se empezaron a inocular las primeras dosis a la población general, esta no dudó en compartir su momento vacunal en las redes en claro síntoma de responsabilidad individual.

De repente, ante una gran crisis o una amenaza colectiva, los ciudadanos ya no se sienten en la necesidad de resguardarse bajo las hechuras del más grande, sino tras quien se parece más a ellos. Esto explica el auge del *soft power* como diría Joseph Nye y justifica la legitimación de líderes políticos como Jacinda Ardern. En abril de 2020, con el objetivo de buscar respaldo social a sus medidas restrictivas de la movilidad, Ardern calificó de trabajadores esenciales al Ratoncito Pérez y al Conejito de Pascua. Podría ser un detalle pueril salvo si lo miramos desde las gafas de la comunicación política. En este sentido, la primera ministra recibió la autorización de la mayoría de las personas al tiempo que los niños, ávidos de entretenimiento, permanecían en casa para protegerse del virus.

Han sido varios los momentos críticos a los que la primera ministra ha tenido que hacer frente a lo largo de sus dos últimas legislaturas: en primer lugar, los atentados de Christchurch, y, en segundo lugar, la pandemia de coronavirus. Por un lado, su empatía y cercanía con las víctimas, así como su profundo rechazo e indiferencia hacia el reconocimiento y/o enfrentamiento con el asesino le granjeó a Ardern un aura de normalidad y sensibilidad que hasta la fecha parecían atributos impermeables a la clase política. Líderes como Trump, Bolsonaro o Putin parecían haber encontrado a su némesis en la arena política. Por otro lado, su gestión de la pandemia, demostrando la solidificación de sus principios y de sus convicciones, a la hora de entender al colectivo como una sola

“persona ficticia” (Hobbes, 1651), llevó a Ardern a ser considerada como una líder que hace al grupo, desresponsabilizando a los seguidores de sus acciones morales a título individual. Ardern no dirige a la masa, sino que forma parte de ella y en el ejercicio de sus funciones, asume la responsabilidad.

5

CONCLUSIONES

¿Ha legitimado Ardern a su personaje político durante estos años desde su ascenso definitivo a la cúpula del partido y dirección del país? A la luz de los últimos acontecimientos que hemos ido exponiendo en este trabajo y la respuesta dada por la líder, podemos decir que sí; el liderazgo político de Jacinda Ardern es legítimo en tanto haber demostrado su lealtad al grupo. Acciones como la cercanía a las víctimas tras los atentados, el proteccionismo frente a la injerencia de un actor ajeno -y extraño- (COVID-19) y su cumplimiento del programa electoral, dan buena prueba de ello.

A la luz de lo expuesto, podemos certificar:

- La figura de Ardern es carismática pues es un producto fabricado a partir de la exposición mediática. El uso de las plataformas digitales por parte de Ardern se entiende como manera de legitimar su figura a ojos de sus gobernados. Recordamos que el líder ha de estar continuamente ofreciendo pruebas de que merece tal reconocimiento. Si en un momento dado, durante una de las dos grandes crisis que hemos analizado, Ardern decidiera no mostrarse a través de las redes sociales, es muy probable que el vínculo social con sus seguidores se hubiera roto.
- Ardern es una líder pragmática y dialogante, por tanto, nada revolucionaria. Es el paradigma de venir a decir que

sí para solucionar los problemas.

- El partido político, en esta ocasión, en tanto figura burocrática, ha recibido buena parte de legitimación gracias a la presencia de Ardern y su aprobación por parte de la opinión pública. Lejos de suponer un elemento de control a la labor de Ardern, el partido se ha beneficiado de las iniciativas llevadas a cabo por la primera ministra.

El liderazgo político es ante todo un proceso bidireccional. Un líder sin unos seguidores es un dirigente, cuyo proceso de toma de decisiones se torna en una sola dirección. Un grupo de seguidores sin un líder sobresaliente es una masa. Por tanto, tras la coalición de estos preceptos podemos alumbrar al liderazgo político contemporáneo.

Han cambiado los modos de expresarse y los espacios en los que desempeñar la actividad pública. La política actual trata de significar momentos, de hacerlos comprensibles para la mayoría e inalcanzables a la crítica de los adversarios. Uno de los grandes puntos fuertes de Ardern fue su capacidad por integrar en un mismo gobierno al partido ecologista neozelandés y a una formación populista de derechas, muy conservadora. Eso es pragmatismo, altura de miras o, como diría Nye, *soft power*.

Vivimos en la *era del meme* en la que todo es susceptible de viralización. Por eso, en el velatorio por las víctimas del atentado supremacista en Christchurch, la imagen de Jacinda Ardern con un velo al borde de las lágrimas fue replicada masivamente a través de las redes sociales. En clave de comunicación política, podemos hacer caso al politólogo Xavier Peytibi y atender a que todo comunica pues vivimos en plena campaña permanente (Peytibi, 2020). Tanto lo que hacemos, decimos o mostramos, como lo que no enseñamos a los demás, dice algo de nosotros. En este caso, Ardern se mimetizó a la perfección con la comunidad musulmana de su país. Es más, el componente emocional, captado por la cámara, favoreció un

nexo que va mucho más allá del ciudadano-político: favoreció la consolidación de una relación social en tanto relación carismática líder-seguidor, tal y como apuntaba Weber. O, en otro caso, cuando tras el parto de su hija posó sin apenas maquillaje, lo que sin duda evoca un sentimiento de naturalidad y complicidad entre los miles de jóvenes madres de todo Nueva Zelanda.

La proyección de su liderazgo ha cristalizado en la generación de un mismísimo tipo ideal. Ardern, concebida como un tipo ideal al igual que Weber asumió así las fuentes de legitimidad, también ha demostrado comportarse de manera heterógama en diferentes situaciones. Para empezar, podemos concluir sin temor a equivocarnos gracias a la investigación realizada, que el liderazgo *soft* es el eje rector por el que bascula las andanzas profesionales de Ardern. En primer lugar, demostró este liderazgo a la hora de gestionar las emociones durante los atentados al, por ejemplo, emparentare visualmente con el colectivo musulmán en su país. Como decíamos, demuestra una hibridación en tanto autoridad para endurecer el sistema de compraventa de armas en Nueva Zelanda. Por otra parte, durante la pandemia, observamos retazos del *soft power* en la catalogación de trabajador esencial durante el confinamiento del ratoncito Pérez, demostrando empatía y naturalidad para con los niños. Colateralmente, como consecuencia, esto le legitimaría para la asunción de severas medidas de restricción a la movilidad, otro ejemplo de combinación del liderazgo suave característico con el liderazgo fuerte o *hard power*.

No cabe duda de que existe un hilo conductor entre las nociones estrella de esta investigación: el carisma y la mediatización. A mi juicio, hoy en día, uno no cabría entenderse sin el otro. A pesar de haber evidenciado que la condición de carismático es dada por la sociedad al líder en tanto existe una relación, el papel que esconden los medios de comunicación no es baladí. A través de la exposición mediática, el carisma puede ser otorgado o retirado, en el sentido weberiano. Además, los

medios favorecen una vuelta a la condición revolucionaria del carisma si entramos a valorar el papel que desempeñó Facebook Live durante el tiroteo en Christchurch. El atacante se revistió de cierto carisma para un grupúsculo característico (supremacistas de extrema derecha) al negar la realidad de la multiculturalidad por medio de la violencia. Por último, para acabar, consideraremos una cierta irracionalidad en el seguimiento de líderes carismáticos en la actualidad. Para ello nos basamos en la cada vez más evidenciada sentimentalidad de la política, término acuñado por el académico Manuel Arias Maldonado, el cual atisba un deslizamiento de la razón en pos de la emoción en la política contemporánea. Así que, al igual que Hume predominó la emoción por encima del raciocinio, en la actualidad volvemos a encontrarnos en otro escenario de ósmosis favoreciendo la contraposición de distintos líderes (léase tipos) ideales en el mundo actual.

BIBLIOGRAFÍA

CHAPMAN, M. (2021). *Jacinda Ardern: Un nuevo modelo de liderazgo*. Roca Editorial.

EDELMAN, M. (1988): *Constructing the Political Spectacle*. Chicago. The University of Chicago Press. [Ed. Español: *La construcción del espectáculo político*. Buenos Aires. Manantial. 1991].

El veto de la venta de casas a extranjeros y otras medidas de la primera ministra de Nueva Zelanda. (2017). El País.

https://elpais.com/internacional/2017/11/20/mundo_global/151189813_426922.html

EFE. La Vanguardia. (15 de marzo de 2019). *Nueva Zelanda eleva la alerta al máximo*. <https://www.youtube.com/watch?v=GQkgjhpzzPQ>

FREUD S. (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Amorrortu, Bs. Aires, 2010.

FREUD, S. (1930). *El malestar en la cultura*. Amorrortu, Bs. Aires, 1986.

GARCÍA, A. (2017). *Jacinda Ardern: la líder viral conquista Nueva Zelanda*. Madrid: El País.

https://elpais.com/internacional/2017/11/20/actualidad/1511200027_749018.html

HALEY, P. (1980). *Rudolph Sohm on Charisma*. The Journal of Religion, 60(2), 185-197. August 3, 2021.

<http://www.jstor.org/stable/1202395>

HOBBS, T. (1651). *El leviatán*. Deusto Ediciones. Trad. Antonio Escotado. 2018.

KUNG S, DOPPEN M, BLACK M, HILLS T, KEARNS N. *Reduced mortality in New Zealand during the COVID-19 pandemic*. Lancet 2020; published online Dec 14. [http://dx.doi.org/10.1016/S0140-6736\(20\)32647-7](http://dx.doi.org/10.1016/S0140-6736(20)32647-7)

LANDI, O. (1991). *Videopolítica y cultura*. Diálogos de la Comunicación [Lima], n° 29, 24-35.

LINDHOLM, Ch. (1990). *Carisma. Análisis del fenómeno carismático y su relación con la conducta humana y los cambios sociales*. Gedisa.

MAZZOLENI, G. y SFARDINI, A. (2009). *Politica Pop: Da "Porta a Porta" a "l'Isola dei Famosi"*. Bologna. Il Mulino.

MAYO, A. J. y NOHRIA N. (2005). *In Their Time: The Greatest*

Business Leaders of the Twentieth Century. Boston. Harvard Business School.

MILL, J. S. (1975). *On Liberty*. Nueva York, Norton.

NIETZSCHE, F. (1977). *The Twilight of the Idols and The Anti-Christ*, trad. Ing. R. J. Hollingdale, Harmondsworth, Penguin.

Nueva Zelanda aumenta el salario mínimo y sube los impuestos a los más ricos. (2021). elDiario.es

https://www.eldiario.es/internacional/nueva-zelanda-aumenta-salario-minimo-sube-impuestos-ricos_1_7364758.html

NYE, J. (2011). *Las cualidades del líder*. Paidós.

ORTEGA, F. (2011). *La política mediatizada*. Alianza Editorial.

PEYTIBI, X. (2020). *Las campañas conectadas*. Editorial UOC.

POSTMAN, N. (1991): *Divertirse hasta morir. El discurso público en la era del 'show business'*. Barcelona. Ediciones de la Tempestad.

RITCHIE H., MATHIEU E., RODÉS-GUIRAO, L., APPEL, C., GIATTINO C., ORTIZ-OSPINA, E., HASELL, J., MACDONALD, B., BELTEKIAN, D. y ROSER, M. (2020).

"Coronavirus Pandemic (COVID-19)". OurWorldInData.org.

<https://ourworldindata.org/coronavirus>

SALMON, C. (2019). *Storytelling: la máquina de fabricar historias y formatear las mentes*. Península.

SCHMITT, C. (2014). *El concepto de lo político*. Alianza Editorial.

SENNETT, R. (1978). *El declive del hombre público*. Barcelona. Península.

SWATOS, W. (1981). *The Disenchantment of Charisma: a Weberian Assessment of Revolution in a Rationalized World*. Sociological Analysis, 42:2. 119-136.

WEBER, M. (1920). *Economía y sociedad*. Tercera edición. Fondo de Cultura Económica, México, 2019.

WEBER, M. (1967). *El político y el científico*. Tercera edición. Alianza editorial, Madrid, 2019.

ACERCA DEL AUTOR

Carlos Menéndez es especialista en comunicación política y experto en liderazgo y gestión pública. Graduado en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid, firmó sus primeros artículos públicos para el periódico El Español. Además, es colaborador habitual en medios especializados en política y comunicación como Cámara Cívica, Debate 21, entre otros.

@cmenendez_

Este texto forma parte del trabajo de fin de Máster del Máster en Estudios Avanzados en Comunicación Política de la Universidad Complutense de Madrid, dirigido por el Dr. Luis García Tojar.

ACERCA DE LA COLECCIÓN

La colección “Sacar del cajón”, de Ediciones Beers&Politics pretende ser un escaparate para que artículos inéditos, documentos sueltos, ideas no publicadas, trabajos de final de grado o trabajos de final de master, debidamente adaptados a un formato divulgativo, puedan mostrarse y no se pierdan dentro de los cajones o de las carpetas olvidadas de nuestros ordenadores.

Pensamos que hay muchísimo conocimiento que debe darse a conocer, y mucho talento oculto, y que es una lástima que se quede en esos cajones y carpetas. Es por eso que queremos sacarlo a la luz.

Se trata de libros cortos, de 10.000 a 15.000 palabras, sobre temas variados respecto a la política y la comunicación política que creemos serán interesantes para nuestros/as lectores/as. Se publican en PDF en nuestra web y con su propio ISBN en formato libro y ebook en Amazon (.com y .es, entre muchos otros), donde podéis adquirirlo a un precio simbólico.

Si también tienes uno de estos textos perdidos y quieres publicarlo para que tu esfuerzo no quede en el olvido, escríbenos a info@beersandpolitics.com.

ACERCA DE BEERS&POLITICS

Los Beers&Politics nacieron el 30 de mayo de 2008, cuando Juan Víctor Izquierdo y Xavier Peytibi, después de conocerse en un seminario en Madrid, quisieron quedar en su ciudad, Barcelona, y en su barrio, Gràcia. Y ya que estaban, pensaron en llamar a más gente para tomar unas cervezas, especialmente a bloggers que seguían y que, como ellos, hablaban de comunicación política. De broma, surgió el nombre: Beers&Politics, que ya se quedó.

Desde 2010 se empezaron a celebrar encuentros en ciudades de todo el mundo, cuando gente interesante pidió hacerlo en sus bares favoritos. Hoy, se celebran en 72 ciudades.

Como “se aburrían”, se crearon diferentes proyectos para dar a conocer la comunicación política y la política, como una web de discursos, y varias revistas, monográficos, listados de películas y libros, centenares de artículos sobre política y compol, y otros 27 proyectos, en una web que ha llegado a alcanzar 35.000 visitas mensuales.

Entre todos esos proyectos, esta humilde editorial propia, que empezó lanzando 30 libros clásicos gratuitos libres de derechos a finales de 2017, y esta colección de libros cortos para dar a conocer temas interesantes (desde finales de 2019), y que coordina Xavier Peytibi, con portadas de Àlex Comes.

OTROS NÚMEROS DE LA COLECCIÓN

1. **Seis historias que explican la victoria de Donald Trump.** XAVIER PEYTIBI
2. **La decoración de la Casa Blanca por Jacqueline Kennedy.** ANA POLO
3. **El consumo como forma de participación política.** ANDREA DE LA MANO
4. **La geopolítica en la reconquista de la Luna.** SONIA LLORET
5. **Facebook como arma política. Orígenes, técnicas y ejemplos.** GABRIEL NAVALES
6. **El caso de ‘las madres de la Diabetes’. De petición online a ley.** RODRIGO DE CASAS y GONZALO INCHAUSPE
7. **La campaña de contraste digital: la nueva arena de batalla electoral.** ANDRÉS ELÍAS
8. **Los recursos naturales en África subsahariana: ¿maldición o solución?.** DANIEL RUIZ TRINIDAD
9. **Deliberación y participación para una América Latina inclusiva.** WILSON SANDOVAL
10. **Dos intentos de toma del poder: del 23F al alzamiento turco de 2016.** ALBERTO TÍSCAR
11. **La comunicación de Tabaré Vázquez en Uruguay (2005-2010).** MARCEL LHERMITTE
12. **Comunicación política en Instagram: Ada Colau, Joan Ribó y Manuela Carmena.** JORDI VELERT
13. **Conocimiento libre y construcción colectiva de la sociedad.** RAMÓN RAMÓN
14. **Primavera árabe: sorpresa, esperanza, contagio y desilusión.** ADRIÁN PÉREZ PÉREZ
15. **Donald Trump y los medios de comunicación: una relación de amor-odio.** GERMÁN ZAMBRANA
16. **Una revisión crítica de *Surveiller et Punir* y la concepción del poder en Michel Foucault.** YESURÚN MORENO
17. **El futuro en llamas: Greta Thunberg y *Fridays for***

- Future.* SÍLVIA DÍAZ PÉREZ
18. **La identidad nacional española en Andalucía.** DANIEL VALDIVIA ALONSO
 19. **Una introducción al modelo gnóstico de Eric Voegelin: entre la omnipotencia y el feminismo.** ÁLVARO NARVA GIL
 20. **El camino hacia el imperio: el tránsito de la República al Principado romano.** PABLO GEA
 21. **Afganistán en guerra (1978-2021). El descenso a la oscuridad.** MIGUEL CANDELAS
 22. **La Covid-19 en la globalización y la revalorización del Estado.** JULIO LUCENA
 23. **El fenómeno Abel Caballero. Ejecución de una campaña permanente.** ALEX FERNÁNDEZ GARRIDO
 24. **La Renta Básica Universal ante la crisis de la sociedad del trabajo.** INÉS ECHEVARRÍA GARCÍA
 25. **El impacto de las primarias socialistas de 2017 en redes sociales.** MARCOS DE LA MORENA
 26. **El papel de la mujer en el protocolo ceremonial japonés.** ROCÍO TORRONTERAS
 27. **El paradigma del antagonismo populista: el mitin de Vox en Vallecas.** PEDRO MIGUEL PORTAS-BREDA
 28. **El carisma de Xi Jinping en la China moderna.** ANDER LÓPEZ FERREZ
 29. **El discurso político de Esperanza Aguirre.** JUAN SALGADO MIRANDA
 30. **Yolanda Díaz: la construcción del carisma a partir de la eficiencia tecnócrata.** DAVID PÉREZ TICHELL
 31. **Jacinda Ardern: el carisma político en el liderazgo contemporáneo.** CARLOS MENÉNDEZ

